

IGNACIO VILLASEÑOR V.

Los Portales de Guadalajara



Conexión
Gráfica

**"LOS PORTALES DE
GUADALAJARA"**

Dr. Ignacio Villaseñor Villaseñor

“Los Portales de Guadalajara”

Ignacio Villaseñor Villaseñor

1ª Edición: noviembre 1990

2ª Edición: noviembre 1998

Reservados todos los derechos. Ni todo el libro ni parte de él puede ser reproducido, archivado o transmitido en forma alguna o mediante algún sistema electrónico, mecánico de fotoreproducción, memoria o cualquier otro, sin permiso por escrito del editor.

Diseño de Portada: LDCC José de Jesús Villalobos Schmidt

ISBN 968-6295-08-9

Derechos Reservados Editorial Conexión Gráfica

© Copyright 1990

Editorial Conexión Gráfica, S.A. de C.V.

Libriudad #1471, S.J. 44100 Guadalajara, Jalisco, México

Tels 825-6312, 825-5233 826-3192

Fax. 826-3104

Impreso en México - Printed in Mexico

PROLOGO

Como en los viejos cuentos, hubo una vez una ciudad hermosa de estatura mediana, discreta en su carácter, poco parlanchina, aunque en ocasiones meritorias se hacía un poco vocinglera. Una ciudad cultivada y modesta a la que nunca le faltó su corte de amor reducida, pero nobilísima formada por amantes fogosos mas no rendidos, muy celosos de la honra de su dama; admiradores críticos y salvaguardas fidelísimos e incorruptibles de su ser y de su bienestar, sobre todo del enaltecimiento de su buena fama bien conocida en muchas regiones del ancho mundo; amantes que sabían protegerla de las injurias del tiempo tan dado siempre a desdorar y engrasar lo galano y esbelto. Una corte de amor de amantes memoriosos y sabios, que a veces asumían el oficio ingrato de los testigos de cargo y fiscalía, pero también sabían y podían salir en defensa de su dama con lanza bien tendida, cuando de deshacer entuertos se trataba. Nadie mejor que ellos pudieron haber tomado la divisa de "Amores Conocimiento". Guadalajara, en su fuero interno, se sabía segura y respetada con amantes tan enaltecidos.

Hubo tiempos no lejanos, en que una de las postreras cortes de amor que tuvo Guadalajara, entre sus amantes más fieles y fervientes sobresalió un médico tapatío de profesión cabal y de apellido ilustre en tierras jaliscienses: Don Ignacio Villaseñor Villaseñor; un tapatío esencial que entre sus mil saberes supo cuanto una persona sensible y culta puede saber de su lugar natal y algo más que los demás ignoraban, pero que a su debido tiempo entregó generosamente a los demás con elegancia y amenidad.

Como buen médico fue -tenía que ser- un humanista que cultivó armónicamente la ciencia, la Historia y las letras, gustaba y entendía de las artes incluyendo el de la conversación, que fue una de sus preferidas. Espíritu abierto, curioso, insaciable, rastreador habilísimo de historias, de leyendas, de anécdotas y de ambientes, como nutriólogo sobresaliente que era, bien sabía que la Historia es la memoria de la humanidad, de las naciones y los pueblos, pero a la que había que alimentar constantemente con nuevas porciones de tiempo y de sucesos humanos.

No se conformó con ser espectador de nuestra historia, sino también fue actor y, tal vez lo más importante, alimentó esa memoria, la de la Historia de Guadalajara.

Armado con la sutileza de la ironía y del humor bien afilado, antisolemne sin excentricidad ni ostentación, el doctor Ignacio Villaseñor fue esencialmente un dinamo de tertulias y corrillos, una fuente caudalosa de amistad fidelísima; una presencia cálida que se anunciaba desde la distancia con aquella voz sonora y grave, su dicción clara y contundente.

Poseedor nato de muchos de los dones del escritor, fue sin embargo muy parco en ejercerlos; sabía que de lo bueno, poco, y como nutriólogo, que la demasía es malsana. Su obra científica y pedagógica se concentró en el "Tratado elemental de Nutrición", que en la pluma de cualquier otro especialista probablemente hubiera resultado un texto erudito y técnico, pero árido y soporífero; en cambio con la pluma del doctor Villaseñor, surgió un libro estrictamente científico y pedagógico, pero paralelamente una narración sugestiva, y por qué no, hermosa en su género; casi, casi, lo que podría ser la novela de la nutrición, que se lee con gusto y con verdadero provecho práctico, utilitario.

Ese "Tratado Elemental de Nutrición", dedicado por su autor "A los grandes afectos de mi vida", se convirtió desde su primera salida pública en auténtico best-seller, allá en el año de 1962. Fue tanta la demanda de este tratado, que para 1979 llevaba consumidas ocho ediciones bien contadas, todas realizadas por el Colegio Internacional de Guadalajara.

En el "Tratado" el lector encuentra todo cuanto de básico y esencial necesita conocer sobre asunto tan importante, y otras cosas más que lo hacen se lea con verdadera avidez.

Por otra parte, importa resaltar que el doctor Villaseñor fue uno de los ejes sobre los cuales se montó la ingente y singular labor editorial que ha realizado el Colegio Internacional de Guadalajara a lo largo de tantos años, tan difícilmente igualable por el número, la calidad y la variedad de los libros publicados en las "ediciones caseras", como gustaba el nutriólogo calificarlas; libros costeados por una nómina de personajes jaliscienses, integrantes de la misma corte de amor que gustaba servir a su Guadalajara. Estas actividades editoriales del Colegio Internacional se iniciaron allá, empezada la segunda mitad del siglo, con una primera serie de libros, por supuesto, casi inencontrables desde hace mucho tiempo, y entre los cuales se publicó uno absolutamente singular y extraordinario con el título de "Los Maestros", de Ignacio Villaseñor, quien entre sus múltiples atracciones incluía una afición enorme por los gatos, su comportamiento, su estética y, sobre todo, por sus muchos enigmas, éstos sí impenetrables.

Pasado algún tiempo, los encargados de las Ediciones del Colegio Internacional empezaron a publicar una "nueva colección", que inauguraron con la segunda edición de "Lo que Pedro Garfias nos decía". Los títulos aparecieron con toda pausa, pero sostenidamente a lo largo de muchos años, y cronológicamente el número cinco de esa "nueva colección" correspondió a la "Gastrosofía" del Dr. Ignacio Villaseñor, y mucho después, en febrero de 1981, con el número 37, apareció otro con el título de "Los Portales de Guadalajara", con las características de las otras "ediciones caseras" e idéntico tiraje limitado a 300 ejemplares, que a los pocos días estaban completamente agostados y en poder de unos pocos centenares muy afortunados de lectores ávidos y bien servidos.

Aquella modesta primera edición de "Los Portales de Guadalajara", ilustrada con finos grabados de Carlos Velázquez Guerrero, contiene un brevísimo y muy modesto prólogo escrito por el mismo autor, en el cual informa de la situación que originó la escritura del libro: una conferencia-cena entre amigos, "una plática amable y algunas libaciones de consecuencias no predecibles", en la que al Dr. Villaseñor, invitado a dar la plática, se le "ocurrió hablarles de la historia de los Portales en Guadalajara". Confiesa que se entusiasmó con el tema, y después de la "plática le seguí por mi cuenta buscando algo más..."

El autor confiesa que tuvo escrúpulos para publicar este libro, pero un amigo lo convenció diciéndole "que los escrúpulos no pasaban de ser una piedrecita dentro del zapato, el que se quita, se sacude, se vuelve a poner y listo..." Para nosotros, qué bueno que se sacudió la piedrecita.

"Los Portales de Guadalajara" está contado, y muy bien contado, como un bello cuento. Recuérdese que la mejor Historia es también la más clásica de las ficciones. Sin capítulos ni secciones - a lo más una simple línea a manera de apartado -, se va narrando con naturalidad y fluidez todo cuanto fue y significó a lo largo de los siglos, el área del centro urbano de Guadalajara con sus Portales, desde aquellas célebres ordenanzas de Felipe II, las que entre otras muchas cosas, disponía el trazo de las ciudades nuevas del Nuevo Mundo, así como la disposición de que las plazas tuvieran sus portales.

Aquí el Dr. Villaseñor da el santo y toda la seña de cuándo y cómo fuéronse construyendo los Portales tapatíos con todos sus pelos y señales, sus fechas y adelantos, sus constructores y gastos

y hasta los nombres de sus primeros arrendatarios y negocios ahí establecidos a lo largo de los siglos, tomando lo representativo y más sobresaliente, y por supuesto lo anecdótico y pintoresco.

Importa destacar que secularmente los Portales y sus alrededores fueron escenario de la Historia de Guadalajara, la social y cívica, la militar y por supuesto la económica y religiosa, sin olvidar la picaresca y policiaca, la festiva y romántica, hasta la incruenta con sus rastros y expendios de carne, y el milenario bandidaje de nocturnos encuerados untados con manteca y tizado todo el cuerpo, para facilitar el hurto y la escapada. Están las muchas quemazones, y como constancia de su mucha antigüedad, los apretujados tianguis estorbosos y malolientes que llegaron a invadir completamente la Plaza de Armas.

El doctor Villaseñor hace recuento sabroso y memorioso, puntual de cuantos y quienes tuvieron sus comercios bajo el cobijo de los Portales de Guadalajara, sin olvidar la pequeña alacena y las golosinas que en ella se ofrecían a la gula de niños y adultos.

En este libro está un mural de gigantescas dimensiones, con el fresco de la Historia más amable y succulenta de aquella Guadalajara de ayer, el testimonio de que sí existió, para ilustración y conocimiento de las generaciones nuevas que podrían poner en duda su existencia.

Felipe II, en San Lorenzo, el día 3 de Julio de 1573, dictó las “Ordenanzas para descubrimientos, nuevas poblaciones y pacificaciones,” Ordenó su Majestad en el inciso 115: “que la plaza tenga portales porque son de mucha comodidad para los tratantes que allí suelen concurrir...” Atendiendo esas ordenanzas se hicieron portales en Guadalajara.

El portal frente a Palacio de Gobierno, el más antiguo de todos, es del siglo XVI. Antes de él, allí estuvo la casa de Juan de Saldívar, quien hospedó en ella a los Oidores cuando en 1560 se vino la Audiencia desde Compostela. Por 1620 dichas casas fueron de Juan González de Apodaca Rubín, Alguacil Mayor de la Real Audiencia de Guadalajara que en ese lugar tenía su domicilio y arrendaba la casa contigua a Doña Bernardina de Frías en noventa pesos al año, la siguiente a Ascencio Rodríguez en 100 pesos, otra a Pedro Luis Alvarez en noventa pesos y tiendas a Francisco de Castro, espadero, en 60 pesos y a Juan de Medina, sastre, en 70 pesos anuales. Después, por 1650 fueron de Don Celedón de Apodaca y más tarde de las monjas de Santa María de Gracia, por concesión que les dieron para que tuvieran ingresos para su orden que por cierto no los necesitaban puesto que eran ricas; allí estaban las hijas de los acaudalados que ingresaban mediante una espléndida dote además de una pensión mensual. Tal convento, estaba donde ahora está el templo de ese nombre, en la calle Hidalgo, a un costado del Teatro Degollado y llegaba, hasta el Hospital Civil y desde Venustiano Carranza a la Calzada Independencia. Su huerta muy bien cuidada, con arroyos y represas, permitía paseos en burro dentro de ella. Por su riqueza las llamaban: “Las Canónigas”, a las de Santa Teresa: “Las Señoras”, y a las de Jesús María: “Las Burras”.

Cada monja tenía su casa con su propia cocina y una, dos o hasta tres criadas (en la misma orden, en Querétaro, tenían hasta seis).

El Jueves Santo de 1702 se incendió este portal, llenándose la Plaza de imágenes milagrosas que llevaron para que “Dios suspendiera el brazo de su justicia, perdiendo actividad el fuego pese

a que aún había suficiente pabito en que cebarse". Se reedificó en 1768 siendo mayordomo Don Sebastián Danza y Guzmán, según una placa de piedra que existía en dicho portal y que fue quitada en su última reconstrucción.

Según la leyenda cuando iba a nacer Sto. Domingo su madre soñó un perro llevando una tea en el hocico con la cual incendiaba al mundo, de donde nació el emblema de los dominicos: el perro con la tea, figura que se puede ver en el Santuario de Guadalupe ya que lo hizo Fray Antonio Alcalde, que era dominico. Los portales de la manzana actualmente limitada por 16 de Septiembre, Pedro Loza, Pedro Moreno y Morelos se llamaba Portal de los Dominicos o mejor aún de Sta. Ma. de Gracia ya que las monjas de ese convento que eran dominicas, como hemos dichos usufructuaban el alquiler de los portales. En cada una de las esquinas y en la azotea había una figura de un perro con la tea, en cantera y de tamaño natural de los que aún existen dos en el Museo del Estado y que Ixca Farías rescató cuando fue Director, parece que otro de ellos estaba en el jardín de una casa por la calle de Tolsa cerca de la Avenida la Paz.

Poco tiempo después en el mismo siglo XVI se construyó el Portal de los Agustinos, así llamado por que eran los que lo usufructuaban; es el comprendido actualmente por Juárez, Morelos, 16 de Septiembre y Colón, todavía existe en el edificio Barreto, frente a la plaza de la Universidad, el escudo de los Agustinos y que se ha conservado desde aquella época. Estos portales no debemos confundirlos con el Portal de Sn. Agustín y el Sta. Ma. de Gracia que estuvieron a los lados del Teatro Degollado frente a los templos respectivos y anteriores al teatro mismo y que se construyeron cuando el Rey de España decretó se hicieran parianes en todas las poblaciones, el que vino a sustituir al tianguis que allí se hacía y que fue destruido a raíz de un incendio.

El Portal Quemado se edificó en 1604 por el mayorazgo de Don Diego de Porres Baranda, que hizo unas tiendas que ocuparon los mercaderes Antonio de Llamas, Francisco de Salazar, Francisco Bernal, Bernardo Calderón, Alonso Cortez de Mendoza, Francisco Martínez y Andrés de Ardebol. Las rentas variaban de 40 a 160 pesos anuales. El mayorazgo era administrado por Don Bernardo de Porres Osorio esposo de Doña Magdalena

de Porres hija de Don Diego. En esa misma manzana tenían casas habitación que arrendaban a Benito García de Silva, a Miguel Gerónimo de Olaso y a Diego López de Arriaga en 100 y 180 pesos anuales. Fue reedificado en 1734 por su descendiente Don Francisco de Porres, según una inscripción en la piedra de un balcón. Fue destruido por el primer incendio, el 8 de Septiembre de 1731 a las 12 de la noche, el entonces conocido como: "Portal de la Fruta" logrando apagarlo gracias al auxilio de la Virgen de Zapopan que a la sazón se hallaba en la ciudad.

El 14 de Mayo de 1845 en la madrugada sufrió otra quemazón que consumió las tiendas de Don Prisciliano Mercado, y de los González Rubio y la casa habitación del Lic. Don Ignacio Vergara que estaba donde fue La Fama Italiana y ahora la Dulcería Ideal. La Campana de Catedral y la de San Agustín anunciaron el incendio presentándose el Gobernador Sr. Antonio Escobedo, quien encargó al Sr. José Vicente Guerrero, hiciera desaparecer el incendio. El Sr. Guerrero enfiló dos hileras paralelas de gente desde la fuente de la plaza al incendio y atrás de ellas, la policía para guardar el orden.

Llenando cántaros con agua los iban pasando de mano en mano hasta llegar al fuego y una vez vacíos, eran devueltos por la otra fila, ésta operación contribuyó en gran manera a apagar el incendio a las 9 de la mañana.

Este portal en 1824 el Ayuntamiento lo dedicó al General Luis Quintanar. En 1833 le dieron el nombre de Vicente Guerrero; y desde 1897, al General Bravo.

Pero la gente le llamó Portal de la Fruta, después del Mayorazgo, y desde el segundo incendio Portal Quemado.

El 31 de Mayo de 1795 el Portal Quemado por poco y se vuelve a quemar, ya que las llamas del incendio que ese día destruyeron los puestos de madera que como mercado se había instalado en la Plaza Mayor, alcanzaron las puertas y ventanas del portal ardiendo varios de ellos. Aprovechando ese incendio el Ayuntamiento dispuso su traslado a la Plaza de San Agustín donde "se construyó un parían que no tiene igual en su clase en todo este vasto reino, con costo de \$6,923.00 pesos y un real; tiene un

arquería de cantera donde se alojaron los cajones de madera viejos y podridos que estaban en la Plaza Mayor.”

Por esa época en los portales se hacían los remates. “En 8 de Mayo de 1731 se remató en las escalerillas del Portal Grande por voz de Hernando Rapeta 8 sitios de ganado en cincuenta pesos en reales, que fueron adquiridos por los Jesuitas.”

Los portales se llenaron de vendimias de todo tipo que hasta toman el nombre de Portal de la Fruta, Portal de los Dulces y Portal de las Flores, y también un baratillo que indudablemente fue de comerciantes no muy recomendables, hasta llegar al grado que el General José de la Cruz en 1814, mandó publicar un bando dividiendo los pequeños comerciantes llamados “regatones” entre la Plaza de Venegas (hoy Mercado Corona) y los Portales de Santa María de Gracia y despachando a los baratilleros a la Plaza de la Universidad y prohibiendo a los que componen el baratillo... que entren a los portales aún cuando llueva, ni que se acerquen a menos de 16 varas para evitar los robos, ya que son de recelar los tunos que hasta el día, componen la mayor parte del baratillo”.

Quién sabe que tan efectivas fueron las medidas tomadas por el General de la Cruz, el hecho es que en 1852 el Cabildo aprobó el proyecto para el establecimiento de la policía.

El Dr. Pedro Vander Linder fue el iniciador de la policía en Guadalajara; de nacionalidad belga, había estado en México donde fundó el Hospital Militar; después vino a ésta ciudad por acuerdo del Gobernador José López Portillo. El día 22 de marzo de 1852 estableció la policía en virtud de la multitud de robos que había sobre todo por los “Encuerados”, quiénes en cuanto obscurecía y en pleno portal, totalmente desnudos, untados de manteca y humo de ocote, para ser poco visibles y que para que si los agarraban poderse resbalar del captor, robaban a todo el que pasaba, colmando la situación, el robo que hicieron al correo.

El Dr. Vander Linder murió en Tlaquepaque el 15 de noviembre de 1860, sus restos fueron trasladados al panteón de los Hombres Ilustres en San Fernando, México.

En 1825 estuvo en Jalisco un militar inglés, Roberto G. Hale

Hardy, quien recorría el país anotando sus impresiones para posteriormente escribir un libro. Así lo hizo, leamos lo que dice: "Muy divertida es en Guadalajara la temporada de Navidad. Los portales, mucho mejor y más numerosos que los de México, están todos bien iluminados con bujías, protegidas por guardabrisas de papel multicolor y colocadas sobre pequeñas mesas, que ostentaban gran variedad de dulces y frutas. Damas y caballeros, elegantemente vestidos, se pasean bajo los portales, convirtiéndose en el paseo de la elegancia. De las siete de la noche a las diez, no hay probablemente una familia de toda la ciudad que no haya dado vuelta por allí, ataviados con sus mejores trajes, ante la exhibición de confitería; para ver y ser vistos. Bueno sería dar al viajero una ligera idea de lo que es el 25 de Diciembre, por que todo cuanto en dicho día se observa no vuelve a verse. En una palabra, para los mexicanos la Noche Buena, como se le llama, significa lo que es para nosotros el "April Fool - Day".

En 1838 Isidore Loexenstern dice: "Los portales presentan durante el día un espectáculo de lo más animado. Es el lugar donde los comerciantes establecieron sus tiendas, lo que le da el aspecto de una feria continua, allí se hallaban los objetos más diversos. Junto a la rica mercería, con artículos de lujo de Europa, está la india de las limonadas que con la misma mano que hace la toilette a su hijo, prepara los refrescos, sirve la limonada y hasta el jugo de plátano. "Las tiendas carecen de aparadores que podrían ofrecer atractivo a los ladrones, cierran al anochecer para precaverse de robos y sólo los cabarets (cantinas) y tiendas de comestibles quedan abiertas hasta las 9 de la noche.

"Los portales durante todo el día están llenos de léperos (vagabundos) que se pasean en espera de ocasión para sus fechorías, mientras sus amables esposas y sus hijos se hallan negligentemente sentados, allí están también los Evangelistas, quiénes con sus anteojos en la nariz escriben fríamente lo que les dictan".

Un evangelista, Don Clemente Ramírez, cobró renombre debido al éxito que tuvo al dirigir una petición a Maximiliano.

Un arriero que había colaborado con los franceses cuando vinieron a Guadalajara fue insultado por un compañero de oficio llamándolo: "mocho franchute"; acabaron de pleito y dicen que le clavó en mala parte una aguja de arria que lo mató."

La viuda pidió a Ramírez le escribiera una carta para el Emperador solicitando la socorriera ya que había sido sacrificado su marido por servir a la causa; terminaba diciendo que se prostaba en sus pies para besarlos y le encargaba “darle muchos saludos a la niña Doña Carlotita”.

Maximiliano ordenó que le dieran 100 pesos y cuando llegó la respuesta Don Clemente se encargó de leerla y al conocer el éxito de su gestión puso sobre su escrito un rótulo que decía; “Clemente Ramírez especialista en misiones para la Corte”.

A medida que la ciudad fue creciendo se establecieron evangelistas en San Juan de Dios, San Agustín, la Penitenciaría y el Jardín de la Soledad, donde ahora está la Rotonda, frente al museo. Allí los conocimos bajo un kiosko de lámina escribiendo a máquina o a mano cartas “a 25 centavos sin elocuencia y a 50 centavos con elocuencia.” Por cierto en cierta ocasión todos los evangelistas de la Sociedad fueron alumnos de la Escuela de Bellas Artes.

Como nos han dicho, por la Navidad los portales se animaban y de ellos dice el poeta Aurelio L. Gallardo en “La Navidad de 1852”: poema del cual transcribimos estos fragmentos:

Transportémonos ahora
A la gran plaza de fuera,
A los vistosos portales
Llenos de una turba inmensa.
Con sus mil puestos de dulces
Y sus muñecos de cera,
Y de ates y confites
Las bien adornadas mesas,
Figuritas recortadas
De cartón y Flores hechas
Por las madres del Beaterio,
Y saturadas de esencia.
Hay primorosos juguetes
De porcelana y madera,
Los olorosos jarritos
De Tonalán, las conservas
Más gustosas, confituas,
Calabazates, jaleas,

Empanadas, fruta de horno,
Ricos turrónes de almendra,
Almibarados merengues,
Sabrosa fruta cubierta,
Grandes nueces de castilla
Y harto deliciosas cremas.
Distinguiéndose en la gracia
Las vendedoras francesas,
Por las lindas chucherías
De sus puestos y sus tiendas.
Se hallan en nuestro cajones
Rorros, matracas, muñecas,
Las casitas de popote,
Los tímpanos, las vihuelas.
El barro, el cristal, la goma
En desigual competencia,
Revelando por la industria
Cuanto los hombres inventan.
¡Quién sabe! también el arte
Allí a veces representa
Ya en una rara pintura,
O en una estatua soberbia.

II

¡Qué baraúnda en la plaza!
¡Qué gritería, que gresca!
paseantes, vendedores,
Todos a la vez vocean.
“Pastelitos y empanadas”
Grita una voz ronca y seca,
“Pasen a cenar, señores,
Que esta noche es Noche Buena”
Mesas con limpios manteles,
Con flores, lechugas frescas,
Que adornan las enchiladas,
El pollo y tortas compuestas,
Las luminarias de ocote
Frente a las pilas inmensas
De cacahuates, naranjas
Y jícamas de la sierra.

Haces de maduras cañas,
Y canastas bien repletas
De ojos de buey y mamones,
De encaladas y soletas,
Las cajas de charamuscas,
Dulces de leche y canela,
Y enmielados caramelos,
Y roquetitos de almendra.
En el atrio del Sagrario
Sobre las gradas de piedra,
Frente de sus bracerillos
Se ven a las bufoleras.
En los cuadros de la plaza
Bajo improvisadas tiendas
Que ramos verdes festonan,
Se expenden las aguas frescas.
¡Qué confusión! ¡qué algazara!
¡Qué de lloros y reyertas!
De algún niño que se pierde,
O de un perro que apalean;
De un ratero que se escapa
De un harpía que reniega,
De algún zángano que jura,
De algún lépero que pelea.
“Bienhayan, -dicen los tunos
Que el tiempo no mal emplean
Cortejando enamorados
A alguna gentil mozueta;
Bienhayan esas enaguas
Rabonas, a media pierna,
Y la bordada camisa,
Y el ruedo de lentejuelas,
Ese rebozo calandrio,
Y esas lujosas franelas,
Y esas enchiladas puntas,
Zapatos color de perla
Con que se lucen las chinas
Durante la Noche Buena”.
¡Qué desgarró el de los pillos
De jorongo y calzoneras,
De puños encarrujados

Y bien planchadas pecheras!
¡Cuál llevan entre la banda
Mal envueltas las monedas,
El cigarrillo en la boca
Y en los ojos la insolencia!
Enlazando la cintura
De esas muchachas de cuenta
Que usan daga hasta en aquellos
Días Santos de Cuaresma.
Mozuelas provocadoras.
De aire lúbrico y resueltas
Para el paseo y el baile,
La jarana y la pendencia.
De risa como el relámpago,
De ojos que lanzan centellas,
Y de pies tan diminutos
Que parecen de muñeca.
Descocadas con los hombres,
Con más sal cuando se alegran,
Con más desparpajo y gloria
Que una andaluza de aquellas
Que van dejando en la calle
El olor de la canela,
Y que son sus corazones
Como criaderos de perlas.
¡Qué mozas y qué galanes!
¡Qué amores y qué protestas!
¡Envidia de los catrines
Y escándalo de las viejas!
¡Qué chinas las de Jalisco,
Fuego, juventud, viveza;
En el jarabe lo de veras!
Plaza de Guadalajara,
Qué animación manifiestas
En tu comercio y bullicio
Durante la Noche Buena.
Aturde ese movimiento,
¡Qué vaivén y qué humareda!
¡Cómo hace frío esta noche!
¡Cuánto lucen las estrellas!

En el periódico "El Imperio" que se publicó durante la invasión francesa en 1864, encontramos:

LOS PORTALES EL 27 DE SEPTIEMBRE.

"Prometimos en nuestro número del 28 del mes anterior, decir algo sobre este asunto, y cumplimos ahora nuestra palabra.

"Encomendados el adorno y disposición de este paseo a uno de los más activos miembros de la comisión patriótica, el Sr. Dr. Francisco Berrueco, tuvimos la satisfacción de mirar perfectamente desempeñando tal encargo, y que pudiera ofrecer a la sociedad elegante y al bello sexo de Guadalajara, una función digna de su objeto y de los que debía prestarle su concurrencia, efectivamente, el buen gusto y la laboriosidad del Sr. Berrueco convirtieron los cuatro portales que se conocen con el nombre de Santa María de Gracia en cuatro hermosos salones de lujosos y risueño aspecto. El techo de cada uno de ellos quedó absolutamente cubierto por medio de hermosos pabellones del lienzo y de laurel, que ostentaban los colores nacionales, y de cuyo centro pendían en gran número, cordones que sustentaban faroles ligeros, adornados de verdes coronas y en medio de los cuales, brillaban lámparas de gas, que difundían agradable luz en todo el recinto de aquel paseo.

"Las paredes interiores de los portales, se cubrieron con colgaduras uniformes dispuestas por propietarios de ese comercio; y en la que da frente a la Plaza Mayor se pusieron bajo dosel los retratos del libertador Iturbide y de SS. MM. Maximiliano y Carlota. En los pilares de los cuatro lados, se fijaron cuadros de pinturas y unos vistosos escudos, en cuyo centro y en medio de coronas y pabellones formando haces, se leían las iniciales de Agustín de Iturbide y la memorable fecha 27 de septiembre de 1821. En los arcos, por último, aparecían lazos de flores naturales, cuya frescura y perfume embalsamaban suavemente la atmósfera de aquel lugar.

"Tan brillante paseo, y los recuerdos de este día, necesariamente debían atraer a él una gran concurrencia; así fue que desde las nueve de la noche los portales quedaron llenos de una multitud de familias que vinieron allí a gozar unos momentos de

envidiable contento; y los dulces sonidos de las músicas colocadas en el ángulo de cada portal, la vista de las flores, de los cuadros, y sobre todo, el aspecto encantador de las hijas de este ardiente suelo, a cada una de las cuales se había obsequiado con ramillete de rosas, tan frescas como sus mejillas, imprimieron a la fiesta un sello de belleza, de placer tal, que por aquellos instantes olvidamos todas las penas de la vida, viendo sonreír a la felicidad sobre la alegre y entusiasta concurrencia, y concibiendo la esperanza de ahuyentar para siempre de nosotros el dolor.

¡Cuántas risueñas ilusiones recrean nuestro ánimo cuando vemos esa juventud vigorosa y brillante que en la primavera de la vida y viene a mezclar su júbilo con los grandes recuerdos, con las nobles aspiraciones y con los tiernos sentimientos! ¡Qué interesante el cuadro que en el porvenir ofrece nuestra patria!

“Pero concluiremos nuestro asunto del cual quizás íbamos a desviarnos: emprendimos una descripción que está al terminar, y no falta más, sino agregar que nuestros ilustres huéspedes, los cortesanos oficiales franceses, y el primero entre ellos el Excmo. Sr. General Douay, honraron también con su presencia esta otra fiesta de la Independencia, que se celebró tan digna y cordialmente ¡Gracias a estos valientes soldados que tan justamente son pregonados como hijos predilectos de la gloria de la dama!

“El Sr. Berrueco reciba a la vez las felicitaciones que nos apresuramos a tributarle, por el acierto y actividad que desplegó en el encargo que le fue confiado por la comisión patriótica”.

También muy de la época son los anuncios que figuran en los periódicos: escogemos estos que figuran en los periódicos: escogemos estos que figuran en El País de 1858 y en El Imperio de 1864.

HOSPEDAJE.

“En la casa número 8 del portal que está frente de Palacio, se asisten a pasajeros, con toda comodidad en precio de boca y vivienda, al estilo mejicano, disfrutaban también los pasajeros, de una sala de recreo para la lectura de periódicos, ajedrez, tresillo y malilla; lo que se avisa al público para su inteligencia.”

“Depósito de gas. Aceite de kerosene o petróleo. Velas de esteanina y parafina, y lámparas.”

“Calle de San Francisco número 5 frente al portal.

“Gran rebaja de precios.

“Se acaba de recibir en este establecimiento un gran surtido de lámparas para sala, escritorio, tiendas, hoteles, cafés, billares y corredores: de mesa, de colgar y de brazos: variando sus precios desde 10 Rs. hasta 120 Ps.

“Asu baratura reúne mucha sencillez, elegancia, aseo y una luz fija y brillante que equivale a seis velas comunes, siendo económicas en su consumo de gas o aceite; de manera que en muy corto tiempo, con el ahorro que producen devengan su costo.

“Aparatos de flama y canfin.

“Tapaluces, reververos, tijeras finas, cáñamo y toda clase de piezas sueltas, como depósitos, quemadores, portabombas, liras, etc.

“Tubos, bombas y mechas de diversos tamaños y clases.

“El uso del gas y del petróleo, tienen la ventaja sobre las grasas o aceites, de dar una luz brillante, y aún cuando se derramen no manchan, y el humo no dé mal olor como el desagradable y asqueroso aceite de coco y sebo.

Guadalajara, 1866.- Pedro Sanromán.”

Pasamos la palabra a Don Leopoldo Orendain:

“El Portal Quemado, (Bravo) era el destinado a la venta del calzado.

“Todavía en 1890 existían 19 alacenas que expendían zapatos de vaqueta, botas rodilleras y de embudo con tres costuras, para hombres y para mujeres; chinelas, botas de moda y morunas con plantas de badana. Esa mercancía la exhibían en canastas de

carrizo que ocupaban grandes espacios, juntos a los “cajones” y circundando los arcos, edificados en 1604 por el Mayorazgo Don Diego Porres de Baranda, reedificados por Don Francisco de Porres Villavicencio cuando fue “alferez mayor y real de esta noblísima ciudad” por 1739.

“Llegó el tiempo en que las tiendas de este portal se dignificaron e iniciaron sus actividades La Fama Italiana, El Paraíso Terrestre y La Pastelería Francesa, establecimientos arreglados con elegancia, a la altura de su época, donde se comía y bebía satisfactoriamente. Entonces el Ayuntamiento dispuso que los zapateros se mudaran al de San Agustín.

“En el portal de las Flores Aldama) estaban las alacenas de los dulces, en número de diez y siete. Ahí se vendían las colaciones de azúcar y panocha. Los azucarillos de todos colores y sabores, los jamoncillos, caramelos y charamuscas. Las obleas rellenas de turrón con cacahuates. Las frutas cubiertas y las apetitosas cocadas. No faltaba la cajeta de membrillo, los guayabates, ni la jalea de tejocote. El cuero de membrillo y los orejones. La palabra ate, que ahora se estila no es tapatía, vino de tierras de Michoacán con los chongos y los fresates.

“Se estilaba que para la Navidad y otras festividades acudieran al portal dulceros ocasionales, como en feria. Esos exponían sus golosinas en mesas revestidas de almidonados manteles. Los de menores recursos los colocaban sobre una modesta bandeja o una tabla que descansaba en una “cabrilla”, lo que bastaba para sus humildes confituras.

“La Conferencia de la Santísima Trinidad, que por largos años presidió Doña Inés Rodríguez, montaba una gran mesa la que surtían con sus especialidades, las damas que integraban esa pía asociación, cuya finalidad era socorrer a los indigentes vergonzantes.

“Su sitio fue el centro del portal frontero a Palacio, el que ocupó hasta años no lejanos, cuando lo tiraron para modernizarlo.

“Valía la pena ver esa mesa al quedar arreglada a eso de las diez de la mañana. Lujoso era el mantel, espléndidos los platos de

porcelana, reluciente el cristal de compoteras y de airosos fruteros y las brillantes bandejas que le daban mucha categoría. Esas piezas contenían deliciosas y delicadas confituras que las personas de posibles se apresuraban a comprar, sin regateos. De lo que habían, nada se tocaba hasta las doce a fin de que no desluciera. Lo elegido se apartaba colocando la tarjeta del adquiriente en señal de propiedad.

“En 1887 La Pastelería de Lions, anunciaba por la prensa sus especialidades navideñas. Esto decía: “La casa acaba de recibir directamente de Europa un grande y variado surtido de conservas alimenticias, vinos y licores de primera clase, como igualmente un número considerable de preciosas canastillas de flores y cajitas de lujo para posadas, Navidad y Año Nuevo”.

“Todo se lo da a precios cómo dos para ponerlos al alcance de todas las clases de la ciudad”.

“Surtido completo de dulces finos para Año Nuevo”.

“Desde esta fecha (diciembre 15), en nuestro restaurante las comidas y cenas en este elegante y acreditado establecimiento se servirán a cuatro reales (\$0.50). Se encarga la casa de hacer comidas, platos sueltos ambigús y refrescos, sirviéndose dentro y fuera del establecimiento con lujo y economía.

“La Dulcería de Lions vino a cambiar el concepto que se tenían de esa clase de negocios. El más antiguo lo fundó en 1729 Don Rafael Calderón, siendo a la vez cerería. Estaba situado en la esquina suroeste de las calles de Santa Teresa y la Aduana. Por renta del local, pagaban en aquel siglo, dos pesos cincuenta centavos mensuales.”

El Portal de Agustinos, oficialmente Guerrero, el de la Ciudad de México, después el de Sears y hoy creo que ni nombre tiene, a principios del siglo lo conocieron por el Portal de Pepa por una popular agua fresquera, estaba en el centro de la cuadra y era la encargada de las alcahueterías decentes: -¿Pepa no has visto a fulano? -No, no ha pasado hoy.- Pepa ¿No me dejó dicho nada Carlos? -Sí, niña, dijo que no iba hoy a su casa porque su papá esta rete enojado por lo de anoche - Pepa ¿qué hay? - Tenga este papelito.

Y así, de agencia de información o de correo el cajón de Pepa sirvió de todo y le dió su nombre al portal.

El de Frente a Palacio, el de Santa María de Gracia fue conocido por el de Chana Corona. Feliciano Corona de Arévalo tenía una sedería y perfumería; era muy estimada, la pasaba en un equipal en la puerta platicando con todo el que pasaba. Fue la primera que dio trabajo de “dependientes” a las mujeres.

En este mismo portal estuvo el Dr. Bastow. En el Juan Panadero del jueves 18 de marzo de 1886, encontramos este pintoresco réclame:

“Admirable Obra de Arte.- El Dr. Bastow acaba de hacer una operación verdaderamente difícil y admirable, supliendo con bienhecha pieza de cauchouc el paladar de una persona que lo había perdido a causa de una grave enfermedad.

“He visto al doliente en quien se hizo operación, y dijo que esta fue tan perfecta que él no extrañó su natural dentadura ni demás partes que el arte le ha sustituido.

“La persona operada, por conducto mío, quiere hacer público su agradecimiento hacia el Sr. Dr. Torres y Tapia, por haberle curado y mejorado antes de la operación así como al Sr. Dr. Bastow, por haberle provisto de un obturador o paladar artificial sin cobrarle más que el previo de los materiales empleados para ello, considerarlo por su escasez pecuniaria.

“Mis lectores, cuando padezcan una infección tan lastimosa como la que hablo, pueden recurrir a la contra esquina del Sagrario, altos del Portal de las Flores, donde el Sr. Bastow, puede suplir esa clase de faltas que causan algunas crueles enfermedades.”

Al Portal Quemado en una temporada se le llamó de Doña Ursula.

A fines del siglo pasado en el Portal Quemado frente al Paraíso Terrestre estaba Doña Ursula, agua fresquera famosa; José López Portillo Weber refiere que una ocasión, el tranvía de San Pedro lo

esperó hasta que terminó un vaso de agua de piña con fresa. Nadie protestó, la plática estaba animadísima entre pasajeros que veraneaban en San Pedro. En ese sitio era la terminal de esos tranvías, allí eran las despedidas, con llantos y suspiros de las amistades y de los novios que llevaban flores a la dueña de su corazón y tomados de la mano a través de la ventanilla caminaban con el tranvía, luego los pañuelitos agitándose hasta que se perdía al dar vuelta en la calle de Héroe para seguir por Catalán. Eran despedidas tristísimas, no se iban a ver hasta en la tarde, que hacían la primera visita al lejano San Pedro.

En los altos de la esquina frente a Palacio de Gobierno, se alojó Angela Peralta.

En el Portal Quemado se abría la valija del correo una hora después de su llegada, tiempo en que estaba repicando la "Campanita del Correo" para dar tiempo a que se acercaran los vecinos.

La Campanita del Correo es en Guadalajara todo un personaje y mora en la torre izquierda de la Catedral. Después de subir los 98 escalones que tiene la escalera y atravesar la azotea para llegar al campanario izquierdo allí se encuentran las campanas y esquilas cada una con su nombre y su historia, entre ellas destacan la Asunción, por ser la mayor, la Inmaculada con su herida de bala que le fue disparada por un cañonazo desde el Hospicio en uno de los sitios que padeció la ciudad. Y en todas ellas destaca por su dulzura la campanita del correo; nació de manos del fundidor Rivera en 1759; pesa 230 kilos y está dedicada a San Fernando Rey. Ha merecido que Manuel Gutiérrez Nájera y José Juan Tablada la canten; que los viajeros como Gibbon y Geiger la mencionen y hablen de ella en otros países; que Agustín Romo y Fray Luis del Refugio le dediquen estudios y que Don Ignacio Dávila Garibi escribiera su biografía. Se dice que tiene un sonido agradable que puede ser escuchado hasta cuatro kilómetros.

Cuando en Guadalajara se vivía, era la que anunciaba la llegada del correo y traía las buenas nuevas. Tocando por un cuarto de hora todos los encargados de los templos de la ciudad para llamar al pueblo, salían las amas de casa a indagar lo que pasaba, los varones iban a la Plaza de Armas todos llenos de gusto y alborozo.

Esta campanita anunció en noviembre de 1810 la llegada de Hidalgo a Guadalajara; en Junio de 1821 la Independencia de México; en 1847 la salida de los americanos del Territorio Nacional, repicando en actitud de mofa y de desafío; anunció el triunfo sobre los franceses en Puebla de 1862; la entrada del ejército que triunfó sobre los franceses en la Coronilla en 1866, en 1888 la llegada del primer tren a Guadalajara y muchos otros sucesos que alegraron al pueblo de Guadalajara.

En diciembre de 1863 durante algunos sucesos revolucionarios unos soldados descolgaron la Campanita del Correo y la dejaron caer al suelo: a pesar de eso no sufrió ningún daño, se la llevaron consigo y la enterraron a orillas de Sayula. Allí duró varias semanas enterrada hasta que fue descubierta por una mujer y la campanita volvió a su sitio.

Los Portales de Santa Ma. de Gracia y el Quemado han tenido que soportar espectáculos por más desagradables: a sus pilares se adosaban y fijaban las graderías para que el pueblo pudiera gozar de las ejecuciones de los insurgentes juzgados por la Junta de Seguridad, como da cuenta el periódico El Telégrafo.

“SUPPLICIOS”

“Agosto 9 de 1811. Hoy ha sido ahorcado en la Plaza Mayor de ésta Capital el célebre cabecilla Remigio Ayllan. Su cadáver expuesto a la vista del público hasta las seis de la tarde, fue en aquella hora bajado del cadahalzo, y conducido extramuros de esta ciudad hacia la puerta del poniente, donde aún permanece para escarmiento de los rebeldes.”

“La misma pena sufrieron el día 16 Secundino Espinoza, Antonio Flores y Marcelino López: y el 23 Salvador Raygoza, Mónico Hernández, Cirilo Chavarín, Lazaro Cervantes, Antonio de la Cruz y Gregorio Trinidad, por ladrones asesinos.”

“Guadalajara julio 1º de 1812. Por sentencia de la Junta de Seguridad han sido hoy ahorcados en la Plaza Mayor de esta Capital los insurgentes contumaces Pedro Rosas indio principal del pueblo de Zacoalco, Juan Trinidad Ramírez, indio alcalde de Zapotlán el Grande, Francisco Munguía, indio alcalde de La

Barca, Anastacio González, mulato de la hacienda de Contla, Juan Esteban Cortes, indio de Totatiche, y Pedro Vázquez, indio de La Barca.”

Los hermanos Rentería bandoleros que merodeaban en la Barranca de Arcediano; plagiaron al señor Cástulo Gallardo y al comerciante Zenón Ruíz a los cuales los tuvieron detenidos a espaldas de la Huerta de Camacho en la Capilla de Jesús.

Un periódico del 31 de agosto de 1870, “El Alcalde del País” daba una noticia que decía:

“Ayer fueron aprehendidos los Renterías; se les sujetó a juicio sumarísimo, según la ley de suspensión de garantías y hoy serán fusilados a las 3 de la tarde en la Plaza de Armas.

Los portales también se han enlutado como el 3 de diciembre de 1879, en que habiendo el gobierno decretado una contribución extraordinaria; hubo una reunión en el Teatro Degollado y al salir se dirigió una multitud a la Plaza de Armas gritando mueras al gobierno, y exigió a la banda que estaba en el kiosko tocara el Himno Nacional siendo el pretexto para que cargaran sobre los manifestantes un piquete de soldados, refugiándose en los portales Quemado y San Agustín atacaron los soldados, ensangrentándose aquellos portales. No hubo parte de pérdida de vidas o heridos, sólo “desaparecidos”.

Caso semejante sucedió el 23 de Mayo de 1911, a las 5 de la tarde repicaron las campanas anunciando el triunfo de los maderistas, al instante se organizó una manifestación y a las 8.15 de la noche al llegar a Palacio fueron recibidos con una descarga de fusilería, se refugiaron en el Portal Quemado, cuentan los que presenciaron haber visto heridos, varios muertos y aún caballos también muertos.

Por la noche la gendarmería se encargó de levantar y lavar los portales. Amaneció “y aquí no pasó nada” y tampoco hubo parte oficial.

Al día siguiente los liceístas hicieron una manifestación de protesta y empezaron los gritos de “Muera el Gobierno”, uno de

los organizadores les grito: "muera a nadie," entonces los manifestantes gritaban lo que entendieron. "Muera Sanabria" ya desde entonces los manifestantes no sabían lo que manifestaban.

Algunas veces los portales han reído socarronamente como en abril de 1891 en que la compañía telefónica de Guadalajara colocó "uno de sus aparatos en el kiosko de la Plaza de Armas para que sus suscriptores puedan oír las serenatas desde sus habitaciones sin necesidad de trasladarse al jardín."

En el año de 1900 durante las fiestas patrias la sensación fueron los adornos con luz eléctrica, en el portal frente a la plaza, con foquitos de colores, se hizo una bandera flameando, en el otro un cometa y en Palacio un Aguila Nacional que prendiendo y apagando las alas se suponía las movía. Los portales se unieron y en la calle así clausurada se construyó una imponente montaña de cartón de tres metros de altura, con peñascos y bosques, y en uno de sus flancos una cascada que iluminaron de verde, blanco y rojo con reflectores, todo esto fue la admiración de la ciudad, fueron obra del Ingeniero Don Mariano Schaffino.

De esa época Ixca Farías en sus "Casos y Cosas de mis Tiempos", hace una crónica que dice:

"Lo principal de estos días era la unión que se hacía de los dos portales, primero sacaban los cajones y alacenas para guardarlos en los corredores de Palacio, de San Agustín, de la Universidad y en los del Liceo de Varones. Tapaban los vanos con un barandal de madera recortada, figurando pequeñas pilastras que decoraban al templo. La unión de los portales se hacía poniendo una tarima colocada al nivel del piso, grandes arcos de madera de ocho a diez metros de altura forrados de lienzo y pintada la arquitectura toscana o corintia; el color era inalterable a las lluvias frecuentes de ese tiempo.

"En las esquinas teníamos orquestas, la de Diego Altamirano, Benigno Valdivia, Rosendo Romero y Cheno Martínez, en el espacio que quedaba en la calle de Pedro Moreno entre los dos portales, arreglaba Don Mariano Schaffino, un jardín con varias fuentes y éstas con sus juegos de agua y luces de colores; además ahí vendían refrescos, cervezas, pasteles, etc., los señores Víctor

Hubert, Branca y Rolleri. Este Don José Rolleri, creo que llegó a Guadalajara a poner La Fama Italiana, junto con Cristobal de Oñate. La decoración del portal consistía principalmente en festones de flores amarillas de santa maría, que le daban un olor especial.

“A veces en este paseo de los portales unidos, fue costumbre de las familias que mandaran sillas, pues no había para alquilar, y se veía una colección muy variada; la clase media, mandaba sillas de bejuco, austríacas, equipales; los ricos de forro de seda, y los pobres de tule o madera. A veces encontrábamos un ajuar completo de sala; canapé, mecedoras, sillones y 12 sillas.

“La serenata en la Plaza de Armas también era algo atractivo, adornaban la plaza con faroles de papel, la música tocaba de las 5 de la tarde a las 11 de la noche y durante este tiempo había juegos pirotécnicos en las azoteas del portalito de la Sacristía de Catedral. El Palacio se iluminaba con millares de cazuelas de barro, llenas de aceite de coco o manteca y un mechón de pabilo, que impregnaba todo el ambiente de un olor de la noche Tolentino, Curiel o el Gobernador que fuera, salía a dar el grito en el balcón central de Palacio; abajo se colocaban clarines y tambores y en el kiosko la Banda de Gendarmería reforzada con tololoques, tocaban el Himno Nacional; todo el público en este momento por respeto se quitaba el sombrero.

“Antes de terminar, te hablaré en una forma lacónica del programa patrio en San Pedro Tlaquepaque. El alma de esta fiesta y por muchos años, fue el Secretario del Ayuntamiento, un señor Patiño, que parecía hijo de Juárez, sólo que era miope de los ojos y del cerebro. El confeccionaba el programa en la siguiente forma:

1o.- A las 6. A.M. se izará el Pabellón Nacional.

2o.- Disparo de 21 cañonazos (estos serán simulados con cohetones)

3o.- A las 11 A.M: el Secretario del Ayuntamiento pronunciará un discurso (era el mismo discurso de todos los años).

4o.- Se repetirá el No. 2o. (los cohetones.)

5o.- A las 6 P.M. se arriará la Bandera.

6o.- Se repetirá el No. 4o. (los cohetones.)

Resultado: una Bandera que sube y baja, un señor Patiño que decía disparates y 63 cohetones”.

De los portales salió el primer ferrocarril urbano que hubo en la ciudad, fue del Portal a la Penitenciaría, se llamaba Portales Penitenciaría. Los rieles eran soleras de fierro gruesas, clavadas sobre tablonces de cuatro pulgadas y éstas sobre otras tiras de madera más delgadas que hacían de durmientes. Los clavos que tenían las soleras hacían brincar rítmicamente el vagón, la tracción la proporcionaba un tronco o dos de caballos que al llegar al fin de la línea eran cambiados al otro extremo del vagón.

- 0 -

Los tranvías como empresa formal, con mulas como tracción, se establecieron en 1874 a iniciativa del Gobernador Lic. Ignacio L. Vallarta que formó una sociedad con 25 acciones de \$5,000.00 pesos cada una y cediéndoles para sus talleres la Plaza de la Horca, donde ahora está el periódico “El Occidental” en Héroes y Calzada Independencia, entonces Del Paseo y Nuevo Mundo, allí había la fuente llamada “De los Compadres” porque se decía que dos compadres que se amaban pese al lazo espiritual, se habían convertido en piedra. Al instalar sus talleres y almacén la Compañía de Tranvías, quedó una plazuela anexa que se llamó de San Fernando y que desapareció cuando el periódico allí hizo su edificio.

Empezaron a circular el 24 de febrero de 1875. Había de la Penitenciaría a Sn. Juan de Dios por la calle de Loreto (Pedro Moreno).

De la Plaza Principal a San Pedro por la calle de Palacio (Corona).

De la Plaza Principal al Hospicio.

De la Plaza Principal a la Parroquia de Jesús.

De la Plaza Principal al Agua Azul por Manzano.

De la Plaza Principal a Mexicaltzingo por Rastrillo (Donato Guerra).

De la Plaza Principal al Santuario.

Los conductores de estos tranvías eran arrieros clásicos, su traje consistía en calzón ancho de manta anudado al tobillo, guaraches, ceñidor colorado, guayabera y sombrero ancho con toquilla también colorada; del cuello golgaba un cuerno que hacían sonar anunciando su paso.

Y ya que de transporte se trata, un periódico del 8 de febrero de 1882 dice que: "El vagón de la línea Portales San Juan de Dios se descarriló más allá del puente. Parece que ésto fue originado por unas piedras que algunos pillastrines pusieron en los rieles; en lo que sí no cabe duda, es que iba a haber algunos desquebrajados, pues las mulas arrastraron el vagón hacia el lugar donde están las vendimias, y si los prójimos que allí se encontraban no le hubieran dado prisa a los talones; la enceran. Una pobre vendedora de gordas bailó los enanos entre las patas de las mulas."

El 14 de febrero de 1907 se inauguraron los tranvías eléctricos por el Gobernador Miguel Ahumada a las 11 de la mañana en la esquina de las calles de Palacio y el Carmen, hoy Corona y Juárez. En traje de levita y chistera abordó el tranvía número 7 manejado por Rafael Villavicencio que lo llevó al Paradero donde la compañía dio un banquete servido por Don Pepe Rolleri.

Estos tranvías a San Pedro salían como hemos dicho de la esquina del Portal Quemado donde había las románticas escenitas de despedidas. Iban por la calle de Palacio hasta la del Nuevo Mundo donde bajaban hasta el paseo y cruzando seguían por Catalán hasta la garita de Sn. Pedro donde tomaban la margen derecha del camino y pasando por el Paradero llegaban a Sn. Pedro y por la calle de entrada iban hasta el Parían que rodeaban para regresar. Llevaban dos vagones, adelante el de primera con asientos forrados de mimbre y que valía el pasaje 12 centavos y

atrás el de segunda con asientos de madera, valía 6 centavos. La tripulación la formaban; el motorista y el conductor, muy corteses, limpios y con uniforme de casimir azul y cachucha dura con una placa con su cargo y número.

Salían cada hora. De Sn. Pedro el de las 8.20 de la mañana era el que tomaban para venir a su trabajo los jefes de las familias que allá veraneaban en aquellas suntuosas casas que aún existen, las esposas e hijas iban a despedirlos pues hasta Guadalajara iban a ir.

La llegada del primer tranvía eléctrico a Sn. Pedro marcó su historia, hasta para conmemorarlo Darío Dávalos, un peluquero que tenía su peluquería en el Paríán, compuso una canción que en una de sus partes decía:

“Dispénsame niña mía
si llega mi canción tan a deshora,
la música de amor arrulladora.
Es lo mismo que el pito del tranvía
que se oye mejor de noche que de día”

El servicio de transporte urbano con camiones se inició en 1924 con unos camioncitos que iban echando vapor por el tapón del radiador, con una banca larga a cada lado muy incómodas ya que tendrían 20 a 25 centímetros de ancho el asiento y unos 15 centímetros el respaldo, la entrada y salida por atrás donde colgaba un estribo. Y en él iba parado el cobrador que a gritos o con un timbre indicaba las paradas del servicio y ayudaba a bajar a los pasajeros, sobre todo a las señoras que con naguas largas se tapaban la vista del estribo que era bastante chico y angosto además de que se columpiaban, por eso el cobrador las tomaba del brazo y les decía: “a la derecha... a la izquierda... más atracito... allí merito...” hasta que le atinaban.

Estos camiones fueron la causa de que los tranvías iniciaran su decadencia paulatina, Guadalajara tuvo un gran servicio con ellos que prácticamente cubría toda la ciudad llegando en sus recorridos hasta lo despoblado seguramente por razones de futuro, y estoy en que había Norte-Sur, Oriente-Poniente, Agua Azul y Mezquitán, Oblatos-Colonias, Analco-Belén, San Pedro, San Andrés, Zapopan, y Atemajac-Experiencia.

Primero desaparecieron las tres primeras líneas, los que quedaron fueron envejeciendo sin conservación, llegándose a decir que tenían ruedas cuadradas; hasta que con el pretexto de que destruían el pavimento, ya que se había hecho un arreglo general de las calles y los lados de la vía se pavimentaron, en el centro de la ciudad, con ladrillos de cemento, de los que ahora se llaman adoquines, que con frecuencia tenían que levantarlos para soldar un riel a otro.

Al fin desapareció el servicio de tranvías el 4 de julio de 1944.

Pocos días después vimos como se hizo un entronque a las vías del tren en la estación de carga que estaba en las calles de Ferrocarril y Av. Corona. Una tarde por allí desfilaron los tranvías y se fueron a México y Veracruz donde después los vimos.

-0-

Cuando se hizo la fundación de la Ciudad de Guadalajara, se dejó un espacio para que sirviera de solaz y recreo a los vecinos, frente a la que sería la Iglesia Principal, los Portales y el Palacio de Gobierno, este fue el origen de la Plaza de Armas.

Durante un siglo no fue más que un solar, que como no tenía árboles, agua, ni bancas, sólo servía para tiradero de basura, y se le conocía con ese nombre, "El Tiradero". Hasta 1630 la plazuela dejó de servir para éso, se limpió, empedró y en el centro se construyó una cisterna o aljibe, donde los vecinos de la "muy noble y leal" Ciudad de Guadalajara, acudían a proveerse del agua que necesitaban. En 1643 fue sustituida la cisterna por una fuentecita de agua corriente y transparente.

Al abrirse los cimientos del Palacio de Gobierno y Capitanía General, en ese lugar que ya podríamos llamarle Plaza, se instalaron una serie de puestos que formaron un mercado de petate y manta, y que muchos de los locatarios los tomaron como habitación, acondicionando gallineros y hasta chiqueros, durante la noche se alumbraban con cuatro piras de leña, una en cada esquina. Se terminó el Palacio por 1780 y quince años después o sea en 1797 todavía existía ese mercado, llevaba más de ciento cincuenta años de existencia cuando un incendio, que se supone no fue muy accidental pero sí muy piadoso, los destruyó, pasándose a la Plaza de San Agustín (donde hoy es el Teatro Degollado).

Despejada las plazuela de dedicó a funciones militares, tales como revistas, salvas, juras de reyes y de pendones, de donde nació el nombre de Plaza de Armas.

El 13 de junio de 1740 llegó el agua de los Colomos a la fuente de la Plaza de Armas, obra del Padre Buzeta que tuvo un costo de \$75,269.00 pesos, habiendo reiniciado el 19 de noviembre de 1731 los trabajos que Martín Casillas había hecho en 1600 por orden del Gobernador Santiago de Vera y que no tuvieron resultado.

Por 1598 se trató de traer el agua de Zapopan a Guadalajara encomendándose el trabajo a Martín Casillas el constructor de Catedral, que empezó por hacer la nivelación, encontrando que el agua llegaría a vara y media por abajo del nivel de la Plaza de Armas, por lo que se acordó traer el agua por Mezquitán que llegó hasta Santo Domingo, hoy San José; donde hubo un depósito que duró varios años.

El licenciado Alfonso León llevó agua de Toluquilla hasta la calle de Santa Teresa pero en muy escasa cantidad.

Hasta que al fin el Padre Buzeta la hizo llegar hasta la fuente de la Plaza de Armas que tenían un "Jarro de Bronce con varios pistones que forman una palma el agua despide". Además se llevó a otras fuentes en las plazas de la Aduana, hoy Aranzazú, Santo Domingo, la Universidad, San Agustín, el Santuario Jesús María, San Felipe y donde desembocaba en la media Naranja, hoy la Caja del Agua en Independencia y Juan N. Cumplido.

También hubo una fuente a espaldas de San Felipe en donde por las noches de verano se veía una ánima que salía de una casa a media cuadra y desaparecía en la fuente. La policía tuvo que investigar aprehendiendo al ánima que era uno de los vecinos que envuelto en una sábana salía de su casa y se metía a refrescarse con baño en la pila.

Otra fuente existió junto a las paredes del convento de Santa Teresa, en la esquina de las actuales calles de Morelos y Galeana y fue clausurada a petición de las monjas que se quejaron de que los aguadores levantaban la voz y aún decían cosas inconvenientes, "perturbaban la quietud que debían tener a las horas de oración".

En 1791 el gobernador Jacobo de Ugarte y Loyola empedró las calles que rodeaban la Plaza de Armas así como algunas otras de las principales.

El Gobernador y Capitán General de la Intendencia de la Nueva Galicia, Don José Abascal, inició la transformación de la Plaza, rodeándola por sus cuatro lados con una hilera de álamos, cruzándola con dos carriles diagonales para el tránsito de peatones, además construyó una fuente en el centro.

El Gobernador del Estado, Don José María Arteaga, sustituyó los álamos por naranjos, construyó bancas de ladrillo pintadas con almagre, y mandó colocar doce mecheros de manteca para su iluminación. Por el mismo tiempo el ejército se improvisó entre vecinos, ya que sufríamos la invasión francesa, y se practicaba la instrucción militar frente a Palacio, a la hora de la "Retreta" ocasionaba alboroto popular y afluencia de gente, iniciándose así las serenatas, lo que entonces se llamó "El Paseo de la Retreta", que el General Arteaga por medio de la tropa y con mucha cortesía, enseñó a que caminara en dos sentidos girando alrededor de la Plaza, y así nacieron las que por muchos años fueron entre nosotros las famosas serenatas de la Plaza de Armas, punto de reunión de todos los tapatíos, y donde se iniciaban la gran mayoría de los romances.

Durante la administración del Sr. Ignacio L. Vallarta, nombró munícipe encargado del ramo de jardines, al Sr. Coronel Don Mariano Ruiz, quien con empeño hizo que el ejército construyera un kiosco, que fue inaugurado el 13 de junio de 1882. El Gobernador Tolentino sustituyó las bancas de ladrillo por otras de fierro e instaló cuatro focos de arco y el alumbrado incandescente con cinco lámparas cada arbotante, además instaló cuatro estatuas que representaban a cada una de las estaciones del año.

Al mismo tiempo se colocaron dos estatuas en el jardín de San Francisco.

Desapareció una de las estatuas de la Plaza de Armas y al quedar sólo tres, su falta se hacía muy notable, llevándose una de las de San Francisco a donde faltaba, por cierto teniendo alas se las cortaron.

Ultimamente las estatuas originales desaparecieron siendo substituidas por unas copias.

El Gobernador Coronel Ahumada, transformó la Plaza de Armas pavimentándola con mosaico, alumbrándola profusamente e instaló el kiosko que aún se encuentra, que mandó construir a Francia, contratado por La Esmeralda.

Este kiosko está instalado aproximadamente a un metro de altura sobre el piso, con dos ingresos, uno hacia el oriente frente a Palacio y el otro hacia el poniente; es de forma octagonal; en cada uno de sus ángulos hay una figura femenina que por cierto causaron gran escándalo ante la sociedad tapatía ya que tienen descubiertos los senos: hasta se llegó a prohibir por las madres a los hijos el paso por ahí, para que no viera esas inmoralidades.

Principiando por frente a Palacio encontramos que la primera escultura tiene en una mano una máscara, la siguiente una flauta, después un pandero y la última una lira; repitiéndose en la misma forma al lado contrario; por arriba de cada una de estas cariátides unos leones alados con cuerpos de mujer. Los barandales entre cada una de ellas tienen una cara femenina con resplandor; los antepechos unas liras cruzadas con palmas y colgando de ellos un candelabro.

Este kiosko, de gran hermosura y perfección, fue construido en la fundición de arte de D'OSNE en el número 58 del Boulevard Voltaire en París. El anterior, el que construyó el ejército, se trasladó al actual parque Morelos.

El kiosko se ha utilizado para audiciones de música de la Banda del Estado, que antes se llamaba de la Gendarmería del Estado. Fue fundada por Don Clemente Aguirre, el autor de "Ecos de México," en 1851, además de tocar música clásica daba oportunidad a autores humildes interpretando composiciones como: Canela Pura, El Ejote y Tres Piedras de Salvador Nuño y Apolonio Moreno. Llegó a alcanzar gran fama bajo la dirección del Capitán Augusto Azzali, que había venido en una compañía italiana, pero enamorándose de Guadalajara se quedó aquí, tanto así que en 1905 ganó en Buffalo, Nueva York, el concurso musical de bandas donde compitieron más de 300. La pieza de concurso fue la

Obertura Rienzi de Wagner y en elección libre: Lucía de Lamer-moor.

Al día siguiente del concurso el Capitán Azzali al tomar un baño de mar en compañía del Sub-Director Nicolás González, pereció ahogado.

Recientemente por necesidades de urbanización, la Plaza de Armas ha sufrido recortes que no podemos considerarlos como mejoras.

La Plaza de Armas ha sido testigo de "Autos de Fe". El poeta, cronista y autor teatral Aurelio Luis Gallardo escribió un drama "Los Mártires de Tacubaya" en 1858, que se representaba en el Teatro Principal, que estuvo por la calle de Juárez donde ahora es el Hotel Génova, eran tan tremebundo que el actor Don Serapión Mendiola que hacía el papel de Leonardo Márquez, en cuanto bajaba el telón tenía que quitarse el disfraz rápidamente para evitar que lo linchara la plebe.

Las autoridades de la ciudad mandaron recoger la edición del drama y la quemaron públicamente en la Plaza de Armas, aprehendieron al autor, lo embarcaron en Manzanillo en un navío que lo llevó a San Francisco, California. Murió en Napa, California a los 38 años de edad.

La Plaza de Armas también ha visto corridas de toros.

En 1667 el Cabildo acordó que para los recibimientos del Presidente de la Audiencia se nombrara un regidor que pasara a México a traerle, otro para que preparara los festejos y un tercero que se entendiera con las corridas de toros. En esos días no existían las plazas de toros en Guadalajara, se improvisaba una en la esquina noreste de la Plaza de Armas con objeto de que la Real Audiencia pudiera presenciarla por los balcones de Palacio, y el Cabildo Eclesiástico desde el corredor que aún existe en la calle de Morelos en el Edificio del Arzobispado.

En el mismo sitio se dieron tres corridas de toros a partir del día 6 de febrero de 1713, fecha en que se determinó celebrar "el feliz parto de la Reina Nuestra Señora, según cédula datada en

Madrid el 6 de junio de 1712” encomendándose esa celebración al Licenciado Simón de Oro que organizó esas corridas y “para los indios y los desarrapados luminarias.”

Los toros sacrificados se arrastraban al costado de Palacio, por la calle de Santa Teresa donde eran destazados y la carne vendida en una carnicería que estaba en los bajos del mismo Palacio.

Las luminarias eran piras de “una carretada de trozos de leña de mezquite de una vara que hacían enhuacalando los palos” se encendían al toque de ánimas. Esta era la diversión de los pobres.

-0-

Las viejas crónicas de Guadalajara de vez en cuando nos hablan de alguna corrida de toros; el Profesor Cornejo Franco en su libro “La Calle de San Francisco”, nos da noticias de un toro que se lidió el 17 de agosto de 1611.

En 1840 se menciona un plaza que estaba ubicada por la Capilla de Jesús, y pocos años después estaba otra en la manzana oriente del actual mercado Alcalde y que después se cambió al No. 226 de la calle Herrera y Cairo donde hasta la fecha se conserva la entrada de los toriles, y donde fue el redondel estaba una vecindad y ahora un estacionamiento.

Robert Bochsá un acompañante de la cantante Anna Bishop, que visitó Guadalajara en 1849 nos refiere una corrida de toros que se verificó en ese sitio (*Travels of Anna Bishop in Mexico 1849*).

“El siguiente espectáculo que presencié Anna fue una corrida de toros. La arena, un vasto espacio descubierto, contenía por lo menos unas dos mil personas, compuestas en su mayor parte de mujeres del pueblo y damas de sociedad. El precio de admisión era de un peso por cabeza, y en los jardines circundantes se habían erigido palcos bien acondicionados. Los programas de la corrida eran muy teatrales, elogiando volublemente al torero principal llamándole “el célebre”, como se hace con nuestras estrellas de primera magnitud; luego se anunciaba que en los intermedios, payasos prominentes “de las principales plazas reales de España”,

ejecutarían algunos actos a caballo, de excepcional habilidad. Se han hecho tantas descripciones de las corridas de toros en todas partes y por toda clase de gentes, de modo que es inútil detenernos aquí para relatar esta diversión nacional tan bárbara. Sin embargo, Anna no pudo menos que observar que las mujeres parecían estar sumamente alborotadas, y que los gritos de “bravo, toros”, “bravo, caballos”, “muy bien, caballeros”, que animaban y ponían casi frenéticos a los hombres y a las bestias que participaban en la fiesta, procedían en su mayor parte del sexo débil. Nuestras artistas no permanecieron ahí largo tiempo, se vieron obligados a volver a pie a sus alojamientos, pues mulas y caballos habían quedado abandonados en la calle por los Dones, que no pudieron resistir a la tentación de presenciar su espectáculo favorito, ni imaginar por un instante que Anna pudiera ser tan deficiente en gusto para dejar la arena antes de terminar el espectáculo. Se mataron cuatro toros, pero ningún caballo; y aparentemente, los toreadores no sufrieron percance alguno.”

Por el mismo tiempo existió una en “El Rincón del Diablo” cuyo nombre perdura hasta nuestros días, y que también se llamaba “Del Colorado” por el apodo que tenía su propietario, poco tiempo después de estar en servicio se desplomó parte de las graderías de sombra, lo que dio margen a que los Ingenieros Agustín Bancalari y Lucio Gutiérrez presentaran al Ayuntamiento dictamen desfavorable, por lo que la plaza cayó en desuso.

En las Barranquitas en 1897, se construyó una plaza que iba a inaugurar el torero español Castillo “El Boticario”, se hizo mucha propaganda y el día de su estreno estuvieron los tendidos de bote a bote, pero al desfilarse la cuadrilla, el público se dio cuenta de que los toreros habían sido sustituidos por aficionados, se armó la bronca y echaron “la plaza abajo” cuando llegó la tropa a imponer orden ya no encontraron ni rastro de la plaza, el público se había llevado la madera, tablas y vigas con que estaba hecha, y los toros los traían de paseo por el barrio de la Capilla.

Por los años noventas, las corridas de toros se abolieron en el Estado, cuando se prohibieron el C. Secretario de la Legislatura interrogó a los representantes en votación nominal; y el acta dice:

El C. Presidente: ¿las corridas de toros deben abolirse?

El Diputado por la Barca: Que se ABUELAN.

El Diputado por Lagos: Que se ABULAN.

El Diputado por Sayula: Que se ABUENDAN.

El Diputado por Ameca: Que se ABUNDAN

El Presidente: Muy bien ciudadanos representantes, se hará como lo han acordado Sus Señorías.

-0-

De las serenatas en la Plaza de Armas, Aurelio L. Gallardo en 1857 nos hace una hermosa descripción de donde transcribimos algunos fragmentos:

Plaza de Guadalajara,
De esta ciudad tan hermosa,
Despejada y espaciosa,
Bajo un cielo tropical.
¡Qué edificios te circundan
Soberbios, monumentales;
El Palacio y los portales.
La orgullosa Catedral!

En noches de serenata
Concurren inmenso gentío
Qué, cual las ondas de un río.
Inunda el recinto aquel,
El panorama más bello
Presenta entonces la plaza
Cuando su ámbito embaraza
Tan bullicioso tropel.

Ya los estrados decoran
Damas gentiles y apuestas.
A blando solaz dispuestas
En su abandono gentil.
Visten con gracia y despejo.
Luce amor en sus mejillas,

Tan hermosas y sencillas
Como azucenas de abril.

Los estrados están llenos
De plebe que charla y goza,
Cuyo corazón retoza
A impulsos de tierno afán.
Grupos hay de tiernas niñas
Que dan vueltas, y al contrario
Mancebos que en tumultuario
Vaivén, en patrullas van.

Desenfado en sus modales,
Poca gala en sus vestidos,
Refidores y atrevidos
Los tales mancebos son.
Estudiantes casquivanos,
Empleados y tenderos,
Militares altaneros,
Literatos en embrión.

Allí pululan revueltas
Las clases, las condiciones.
Que en públicas diversiones
La igualdad es una ley.
El caso es que todos gozan
Sin temor y sin alarmas
En la hermosa plaza de armas
Cual unida y mansa grey.

Tocan piezas tan selectas
esos músicos marciales,
La Contla, los Esponsales,
Qué placer al alma dan.
La Bella Anita, el Recuerdo,
Y las Fases de la Luna;
La Ilusión, como ninguna
Cuando a su cuartel se van.

¡Qué serenatas tan bellas!
En la estación calurosa

No puede haber más impresión.
Allí va a gozar el alma
De los amantes placeres,
y ángeles son las mujeres
De divina inspiración.

Después ya sola la plaza
Blando, oloroso el ambiente,
Cual resbala por mi frente
Con soplo tibio y fugaz;
Y la fuente llena el aire
De murmullo y de frescura,
La luna vertiendo pura
Luces de amor y de paz.

La edad de oro de las serenatas tapatías, fueron de 1885 hasta 1910, que se extinguieron con la Revolución, durante ese cuarto de siglo, todas las noches, todo el mundo acostumbraba ir a dar vueltas a La Plaza de Armas, los hombres hacia un sentido y las mujeres hacia otro, deteniéndose de vez en vez, para cambiarse ramos de flores y recados; todo mundo caminaba con calma, y cuando alguna de las columnas se detenía, era porque ahí, en una esquina de la entrada, se estaban haciendo reverencias y saludos a los recién llegados.

Las bandas militares “tocaban sin descanso ni consuelo”, desde una marcha que iniciaba la serenata a las ocho de la noche, hasta un danzón que anunciaba la terminación a las diez, en que la concurrencia desaparecía como por encanto, oyéndose por todas partes “buenas noches, buenas noches hasta mañana.”

La plaza que era la sala de recibir de Guadalajara de entonces, tenía dos carriles separados por bancas de fierro, en el carril exterior daba vuelta el pueblo y en la interior sólo los “catrines”.

Entre banca y banca se instalaban sillas de bejuco y desde luego era de muy buen tono ocupar una de ellas, por la que se pagaba el alquiler y no en la banca que no costaba nada.

Desde antes que iniciara la serenata, ya se instalaban los hombres en las esquinas de la Plaza para ver la llegada de las

carrozas donde venían las muchachas elegantísimas, con unos enormes sombreros con ramos de flores, pájaros, en fin toda la flora y la fauna y que tenían que prenderse con unos enormes alfileres, cuya cabeza de oro o de plata era una verdadera obra de orfebrería, y que alguna vez sirviera de arma mortal. Con ellos se prendía el sombrero de lado a lado atravesando el chongo de cabellos; por cierto era un gran espectáculo ver cuando el aire les arrancaba los sombreros despeinándolas y dejándoles mechones salidos, en medio de gritos y lamentaciones. Al estacionarse la carroza, el cochero a veces de librea, ceremoniosamente abría la puerta del coche y les daba la mano a las mujeres para que bajaran, momentos en que había que gozar del espectáculo de que enseñaban el tobillo, aunque algunas aprovechaban ésto para levantarse la falda un poquito más; empezaban las vueltas en la plaza, llevando en la mano un abanico o a lo menos un pañuelo que servía para que al encuentro de algún galán se les cayera accidentalmente y al ser recogido, fuera pretexto de iniciar un romance. Desde luego, ningún hombre era capaz de despreciar ese gesto, seguía a la dama a su casa y después le rondaba dos o tres días pese a no tener interés en ella. Su caballerosidad no le permitía otra cosa.

Si se entendían, se veían en la Plaza de Armas, y si no era posible platicar públicamente, las mujeres utilizaban el

TELEGRAFO DEL AMOR:

“Por los ojos: estoy muy triste.

“Por la frente: nos vigilan.

“Por la mano izquierda: te aborrezco.

“Por ambas mejillas: te amo.

“Dejarlo caer: seremos amigos.

“Apoyarlo en la mejilla derecha: sí

“En la izquierda: no

“Sobre el hombro: sígueme.

“En la oreja derecha: eres un infiel.

“En la izquierda: tengo un billete para ti.

“Sobre ambos ojos: eres muy cruel

“Doblarlo: deseo hablar contigo.

“Agarrarlo por dos puntas opuestas espérame.

“Retorcerlo en ambas manos: indiferencia.

“Con la mano derecha: amo a otro.

“Con la izquierda: vaya usted con su música a otra parte.

“Al dedo índice: estoy comprometida

“Al anular: estoy casada.

La Plaza de Armas y los portales fueron testigos de alegrías románticas como por 1900 con la Estudiantina Jalisciense. Por la mañana allí mismo repartían programas que eran buscados y recibidos con gran alboroto por las pollas de aquel tiempo que andaban locas por los componentes de la famosa estudiantina. Uno de esos programas dice:

LA ESTUDIANTINA JALISCIENSE

Cantará hoy en la Plaza de Armas a las nueve de la noche las jotas siguientes:

- 1.- ¡OLE! - Gran jota española. (recorriendo la plaza).
- 2.- El Salero.- Jota cantada en París por la estudiantina española, (frente a Palacio).
- 3.- Jota Aragonesa tomado de la zarzuela “Las nueve de la noche”. (frente al Portal Quemado)
- 4.- Los figurines.- Jota española. (Frente al Portal de las Flores).
- 5.- Jota Aragonesa.- (frente al Sagrario).

La Estudiantina Jalisciense fue formada a iniciativa de Fernando Navarro Velarde y estaba integrada por Javier Fernández Araujo, los cuatro hermanos Michel, Oscar Parra, Ramón Morfín, Gustavo Rodé, Luis de la Torre, Alfredo Anaya, Marcelino Dávalos, Ricardo Gárate, Aurelio Farías, y tres hermanos Luquín.

Su disfraz consistía en un gorro a la Napoleón con una cuchara de metal blanco prendida al frente, antifaz, una especie de sotana con estola, todo negro, medias y zapatillas negras también, éstas últimas con hebilla de metal blanco.

Algunos de los versos que cantaban decían así:

La juventud jalisciense
Que os adora delirante,
Sus coplas os trae ¡oh niña!
Pues se precia de galante.

Los estudiantes más tunos
Hoy venimos a lucir
Las alegres cantinelas
De la gente estudiantil.

Y a la jota jota,
Y así llegamos,
A la jota jota,
Los entusiasmos.
Y gritando todos
Al vernos aquí
A la jota jota,
Jota estudiantil.

Antes de venir nosotros
Se bailaba aquí el can-can,
Y al escuchar nuestra jota
Todos jotas bailan.

Y a la jota jota,
Que hemos de cantar
Y a la jota jota,

De este carnaval
Y a la jota jota,
Que ha de hacer furor,
Que viva Jalisco
Que viva el amor.

La serenata duraba de 9 a 11 de la noche. A veces de allí iban a San Francisco, El Carmen, a El Pilar de los barrios catrines de entonces a cantar a alguna de sus novias o a un maestro en su onomástico, o bien para agradecer una calificación o aplacar su ira como en una ocasión que el Ingeniero Lucio Gutiérrez sorprendió a Ricardo Gárate entre bambalinas en el Teatro Principal, supliendo a un componente del coro en vísperas de su examen profesional, pretendiendo negarle el examen, ya que un ingeniero no podía andar de corista, no eran compatibles ambas profesiones.

Se acostumbraba también que un grupo de primas, hermanas o amigas, se hicieran vestidos, sombreros y hasta sombrillas iguales, y luego tomadas del brazo salieran a lucirse, por cierto cuentan que en una ocasión, llegaron a la Plaza de Armas tres muchachas vestidas de arriba abajo de morado canónigo, elegantísimas; una señora muy respetable, más o menos de tipo de la clase media, que estaba sentada en una silla de bejuco cuando las vio llegar se levantó de su asiento y haciendo una respetuosa reverencia les dijo: -Buenas noches, venerable Cabildo.

Uno de los grandes atractivos de esos tiempos, eran las cinturas de avispa que se hacían mediante un corsé de cintas u ojillos que se amarraban por la espalda y que algunas veces las ayudaba el cochero a ponérselos, apoyando ahí la rodilla para poder tirar con más fuerza de éste corsé. A más de la cintura de avispa, hacía que se vieran las caderas más prominentes, sobre todo con el polisón que era una especie de plátano grande de tela, y que se colocaba en la región lumbar y atado con cintas adelante haciéndose prominente la región glútea, pero sobre todo el corsé levantaba y hacía prominentes los senos que con grandes escotes se lucían; por cierto cuando estuvo el escritor y poeta Valle Inclán por estor rumbos, a una mesera que lo atendía ataviada, con uno de estos corsés y que probablemente llevaba la charola un poco más alta de lo acostumbrado, le dijo el poeta: ¿Me ofrece los senos.. o me trae el café?.

En una de esas serenatas, en 1888, a una de las señoritas concurrentes se le cayó el "polisón", prenda de moda entonces, y el que anduvo dando vueltas en la Plaza durante la serenata, izado en los bastones y paraguas, en medio de risas y alboroto, hasta que Don Pedro Puig, dueño de una camisería en el portal, de la hoy calle de Morelos, lo recogió. Este incidente sirvió de tema durante muchos días a los desocupados, tratando de averiguar quien era la dueña, cosa que nunca se supo, pero sí dio lugar a un anuncio en el periódico "El Telegrama", de Don Ramón G. Fuentes, que decía:

Persona perdió polisón Plaza
Patente Pantoja, puede pasar
pedirlo Pedro Puig.

Sólo muchos años después, una encantadora viejecita de 93 años de edad, poetisa y escritora; al platicar con un amigo se le salió decir: "por cierto, fue en el año en que se me cayó el polisón, en la Plaza de Armas".

-0-

Nunca faltaban a la serenata tipos singulares, uno de ellos era Don Ferruco, popularísimo, conocido de todos. Por 40 años transitó por la plaza y los portales; nos dice Don Ignacio Dávila Garibi que se llamaba Alejandro Jazo, que era sordo mudo de nacimiento al igual que todos los miembros de su numerosa familia, nació en Antequique y se crió en Tonila de donde se fue a Zapotlán y Sayula; ya de grande estuvo trabajando en la hacienda de Santa Cruz en donde por divertirse, el dueño de la hacienda lo vistió con levita y cubeta; al verse así se mostró tan satisfecho que ya no quiso desprenderse del traje, viniéndose a Guadalajara en 1888.

Hombre bueno, sencillo y campechano, a todo el mundo le caía en gracia y le cumplían sus antojos. Entraba en las tiendas pidiendo a señas alguna prenda que siempre usaba aunque fuera pasada de moda o impropia para su edad; mientras más figuroso andaba, más guapo se sentía y entonces se dedicaba a flechar a las muchachas que le gustaban.

En las pastelerías y restaurantes entraba confianzudamente y no salía desairado, en los cajones del portal le regalaban refrescos; los peluqueros no le cobraban, ni tampoco los tranvías; a los casinos a las juntas particulares, a las asambleas de los bancos y sesiones políticas no faltaba, y en las grandes solemnidades religiosas, ocupaba siempre uno de los mejores lugares.

Sólamamente a los muchachos ociosos temía Don Ferruco, porque le pintaban la levita con gis o le colgaban colas y monitos de papel, entonces empuñaba su bastón queriendo deshacerlos, aunque a veces el mismo Don Ferruco los provocaba sorprendiéndolos, estirándoles las orejas o picándoles las costillas con el bastón.

Una familia le daba alojamiento. En realidad Don Ferruco supo vivir.

Murió en los primeros días de Junio de 1918, en el hospital de San Camilo. Algunos periódicos de entonces dieron la noticia de su muerte en la página de sociales.

Otro de los asiduos concurrentes era Jerules, que vendía cacahuates garapiñados en la plaza y los portales; me han contado que vivía frente al sanatorio de La Trinidad. Además de su negocio hacía el tancredo en las corridas de toros. Parado sobre una silla y con un bastón que llegaba hasta el suelo, esperaba la salida del toro a media plaza, varias veces sufrió buenos golpes y revolcones, recogiendo después las monedas que el público le tiraba; cuando iba a hacer esta suerte encargaba a una señora de su amistad le prendiera una veladora y orara por él, al terminar la corrida se presentaba a darle las gracias y trataba de darle algunas monedas de las que había recogido.

En los tiempos de la Revolución que entraban los carrancistas y salían los villistas y entraban los villistas y salían los carrancistas, Jerules siempre estaba en la estación del ferrocarril gritando aclamaciones a la facción en turno, una vez se equivocó y le dieron un balazo, así murió Jerules.

Era también clásico de las serenatas las vendimias de barquillos que eran unos taquitos de los que ahora se utilizan para la nieve, los que los conocieron suspiraban por ellos, los vendían en

mesitas con mantel de papel de china y allí tenían una especie de carpa cónica, con gajos de colores y un número en cada uno, se hacía girar por el cliente y según el número que daba un indicador, eran los barquillos que entregaban. Algo como lo que conocimos de los churreros cuando vendían churros de papa en las esquinas, tenían sobre la mesa un cañoncito con una liga de hule atada al extremo anterior, por allí se introducía un dardo que era un palito con una muesca que lo atoraba al otro extremo y un clavo en la punta el cliente soltaba el dardo que se clavaba en una rueda que hacían girar, en ella había números entre los radios pintados con lápiz tinta y dizque le cortaban a uno tantos trozos de la rosca de churros como había atinado, pero la verdad es que cuando se sacaba un 20 difícilmente nos daba el doble de cuando sacábamos uno.

-0-

Hacia el norte de la Plaza de Armas y los portales está la iglesia del Sagrario, una de las múltiples obras de Fray Antonio Alcalde y que fue construida donde estaba el cementerio de catedral y después parte del Arzobispado con su hermoso corredor en el segundo piso; y vemos las torres de catedral primero la del sur con 65.55 metros de altura, más baja que la del norte que mide 65.99 metros, aunque su constructor el Arquitecto Gómez Ibarra decía que eran iguales pero que la del sur está encajada. Los pararrayos fueron instalados en 1865 por el párroco de la Piedad, Mich. José Ma. Cabadas.

Estas torres no son las originales que eran de estilo herreriano parecidas a las de San Francisco, que se cayeron por un temblor, el 31 de Mayo de 1818. Ordenó su reconstrucción el Obispo Aranda y Carpinteiro y se dice que platicando con el Arquitecto Gómez Ibarra, al estar desayunando le sirvieron en un plato inglés que tenía esas torres y entonces le dijo al arquitecto... "como éstas" y salió lo que salió... no fue culpa del arquitecto.

En la torre sur de catedral se marca la ubicación de la ciudad que es 20°40'37" de latitud norte y 10°32'22" de longitud oeste.

Antes podía verse la hermosísima verja del gran atrio que abarcaba el frente del sagrario y catedral, obra de Antonio Valdivinos, que también hizo el cancel de la Cárcel de Escobedo. El

atrio y la reja desaparecieron por 1915, por razones de urbanismo ya que obstruían la continuidad de las calles de 16 de Septiembre y Av. Alcalde.

Existen fotografías donde pueden verse ese atrio y en él la estufa del Santísimo.

En el siglo pasado había en cada parroquia las “estufas” del Santísimo, eran coches pequeños, cerrados de cuatro ruedas que así los apodaban, se usaban para llevar los últimos sacramentos a los enfermos, había también una asociación, la “escoleta del Santísimo” que hacía guardia en cada parroquia y se encargaban de tener lista la estufa, atender al caballo, conducirla y desde luego escoltar al Santísimo y al sacerdote. Era competencia entre los grupos de las diversas parroquias al tener el coche más arreglado, para lo que las señoras se esmeraban en hacerle cortinitas y asientos bordados, y los hombres en tener el caballo y el coche muy limpio y enjaezado.

Cuando salía la estufa con el sacerdote llevando al Santísimo, iban dos cocheros conduciéndolos, llevaba farolitos encendidos y una campanita, hincándose y santiguándose a su paso las gentes.

Eso dió origen a un refrán muy popular en Guadalajara, “como dijo el tonto Rojas, no me le hincó al de Catedral, me le voy a hincar al del Santuario”. El tonto Rojas era un tipo babienco, bien aventurado que estimaba las gentes y de vez en cuando tenía una agudeza. Una vez que salía el Santísimo del Santuario, el tonto se quedó parado y cuando le llamaron la atención dijo: “no me le hincó al de Catedral me le voy a hincar al del Santuario” después el refrán quedó solamente en “como dijo el tonto Rojas”.

Por cierto, cuando se prohibió el uso de los hábitos en la calle iba el sacerdote llevando la hostia ya consagrada en un sequito colgado al cuello, además los santos óleos y el aceite consagrado el Jueves Santo, acompañado de un monaguillo con la campanita indicando su paso para aviso de la gente que se hincaba y santiguaba.

En la casa del enfermo, en sus recámaras, los familiares hacían un altarcito con flores, un santocristo y regaban pétalos de flores desde la puerta.

El otro lado de la Plaza de Armas lo ocupa el Palacio de Gobierno, en la banqueta y contra esquina del Arzobispado se mide la altitud de Guadalajara, que en ese lugar es de 1,535 metros sobre el nivel del mar, en la misma dirección la Calzada Independencia está a 1,505 metros y el Observatorio, o sea a nivel de los Arcos de la Av. Vallarta 1,583, metros 15 centímetros.

-0-

Ya andamos por el Palacio de Gobierno. Cuando se fundó Guadalajara, conforme a las Ordenanzas del Rey de España, la Casa de Gobierno quedó ubicada frente a la Plaza Mayor, que era donde está el Teatro Degollado. La Casa de Gobierno estuvo anexa al templo de San Agustín, donde hoy es el edificio Camarena.

De allí, unos dicen que sí, otros dicen que no, a mediados de 1575, se instaló en la casa de Cristóbal de Oñate después conocida por el Palacio de Medrano, por el nombre de uno de sus propietarios y que estuvo al otro lado del río de San Juan de Dios en la actual calle de Medrano y Calzada Independencia, mientras construyan su propio edificio en la esquina norte oriente del actual Palacio de Gobierno.

En 1646 se gestionó lo necesario para que se hiciera la finca para la Real Audiencia de la Nueva Galicia; el Ayuntamiento cedió su casa, comprándose para completar el predio, la que fue de Martín Casillas, el constructor de catedral, en 3,000 pesos y que estuvo frente a la actual Plaza de Armas.

Hasta principios del siglo actual en la casa del Balbuena estuvo el Palacio Municipal, cambiándose al Palacio Episcopal donde ahora está añadiéndose lo que había sido la casa de los Vizcarra, Marqueses de Pánuco en la esquina de Alcalde e Independencia y otra finca más por la calle de Independencia que era una botica de Don Apolonio García, que por cierto se pagó con la basura de la recolección de las calles.

No toda la manzana la ocupaba el Palacio Episcopal después Municipal, ya que en la esquina de Hidalgo y Pedro Loza estaba la Casa de Moneda y Cuartel de los "Quebraditos."

Durante el gobierno de Guadalupe Victoria se estableció la Cédula de “noventa reales” para los soldados inválidos de la Independencia o jubilados por 30 años de servicio. Además se les recogía en cuarteles especiales donde prestaban algún servicio. En Guadalajara por 1850 en la Casa de Moneda vivían y cuidaban los caudales que en ella había. Conocidos como “los quebraditos” o “los once mil viejos”. Mucho tiempo fue su comandante el Coronel Rafael Basauri. Uno de ellos, Antonio Acosta, sargento 1º de caballería, estaba en el H. Civil como sargente de salas todavía por 1900.

El General Mariano Paredes Arriaga, sofocó una rebelión en la Maestranza al frente de “los quebraditos”.

El Palacio de Gobierno se comenzó a edificar en 1650 terminándolo en 1790 en un cuadro de 76 metros de lado. Por su fachada principal frente a la Plaza de Armas, tiene dos torreones salientes del paño, y que fueron hechos posteriormente, con troneras para poder hacer disparos a lo largo de la calle. Principiando por el norte y terminando en el sur encontramos grabada en grandes caracteres, una locución latina que dice: “NISI DOMINUS CUSTODIERIT CIVITATEM FRUSTA VICILAT CUICUS TODITEAM” que significa: Si el Señor no guarda la ciudad en vano la vigilarán sus centinelas.

En el Torreón del sur queda la palabra CUICUS exactamente en la esquina, “CUP” en una cara y “CUS” en la otra. Al quedar el letrero sobre la cabeza del guardia que allí se situaba, originó la tapatía palabra de cuico con que se nombra a la policía.

Este es el origen de la palabra cuico, el letrero que por encima de la cabeza tenía el policía de guardia en la esquina de Palacio y contra esquina del Portal Quemado. Allí lo pueden ver muy claramente esos distinguidos y eruditos lingüistas de México, que en su afán de que todo suceda en la capital, han buscado y rebuscado en las etimologías nahuatlacas su origen, como también con aquello de “cácaro”, expresión que se usa en el cine cuando hay alguna falla en la exhibición y la han atribuido al cine fulano o zutano de tal barrio de México. Cácaro es tan tapatío como cuico y como la palabra tapatío. Cácaro era el sobrenombre de Rafael González que estaba “picado de viruela”; trabajaba

como manipulador en el cine Allende que estuvo en la calle del Hospicio, frente a la plaza de Toros, propiedad de Don José Castañeda, también dueño de los baños de Castañeda en Zapopan y que en una ocasión hizo una apuesta con Don Francisco Cortez a ver quien duraba más tiempo haciendo el muertito en la alberca, tres amigos fueron los árbitros y mientras se hacía la competencia el jurado estaba tomando copitas de coñac y botanas debajo del tejado que bordeaba la alberca. La competencia principió a las 9 horas y ya como a las 2 de la tarde que estaban bastante alegres y acompañados de unas muchachas que por ahí aparecieron, resolvieron dar por terminada la competencia, les echaron agua en la cara sin lograrlo, entonces les hundieron la cabeza, tenían que irse con las muchachas; el resultado fue: empate. El cine Allende era un jacalón de techo de lámina de dos aguas, piso de cemento y bancas largas. Las películas eran mudas con sus letreros de diálogo de vez en cuando, pero como la mayoría de la concurrencia no sabía leer, empezaban a decir: "Explíquenosla Don José, explíquenosla Don José" estribillo que después se cambió a un chiflido con esa tonada. Entonces Don José, siempre con pantalón bridge y polainas subía al foro y por un lado de la pantalla hacía la explicación de lo que iba sucediendo en la película. Me han contado que en Zapopan desde la ventana de su casa y en una sábana como pantalla cerca del kiosco hacía exhibiciones de pedazos de películas que unía unos a otros y que en sus explicaciones decía: "el muchacho sale en su brioso corcel, cual bala de cañón, a salvar a la heroína de las garras del tirano."

La manipulación se hacía con una manivela y a veces Rafael, que era el encargado de darle vueltas se dormía, entonces Don José gritaba: "cácaro", después ya la concurrencia le ganaba el grito de "cácaro". Todo esto fue por la primera y segunda década del siglo y de allí se difundió y se popularizó la palabrita a todas las fallas de la exhibición de películas.

Y ya que de cines hablamos los iniciadores de ellos en Guadalajara fueron Jorge Sthal y sus hermanos Alfonso y Carlos. En 1905, Jorge puso el cine Verdi frente a la puerta posterior del Palacio de Gobierno, después el cine Rojo, por la calle de Palacio, hoy Corona, luego instalaron el cine Verde en el portal por la calle de Pedro Moreno, donde ahora está la relojería de Luis Chávez y donde los hermanos Sthal comenzaron a hacer algunos ruidos,

como las pisadas de un caballo que corre, sincronizadas con la película. Por ese tiempo apareció un cine de vida efímera en la esquina del mismo portal frente a Palacio.

Ya más formal frente a Catedral, a media cuadra el Sr. Shaffino estableció el cine Halley y al poco tiempo los hermanos Pérez Verdía, hijos del historiador Don Luis pusieron el cine Lux frente al Sagrario en el edificio Gallardo.

El Palacio de Gobierno fue destruido en gran parte por una explosión de pólvora y cartuchos el 10 de Enero de 1859, por cierto estaban dentro Miramón y Márquez, que tuvieron que descolgarse por sogas desde el tercer balcón por la calle de Morelos. Fue restaurado por Don Ignacio L. Vallarta en 1873.

Miramón tenía experiencia en esas descolgadas, que practicaba en la casa de una dulcinea por la calle de Belén, tanto así que una vez se cayó lastimándose una pierna; cuando esa explosión todavía andaba cojo.

En el Palacio habitaron muchos de los gobernadores del Estado y grandes personajes, entre ellos Don Miguel Hidalgo, del 26 de noviembre de 1810 al 14 de enero de 1811. Don Ignacio Allende que lo acompañaba se alojó en la casa de Ortiz, una finca dedicada al comercio donde estuvo Palacio en las calles de Corona y Pedro Moreno y como las habitaciones de Palacio estaban sobre esa misma calle podían ambos platicar por los balcones. Allí también estuvo Don Benito Juárez del 14 de febrero al 19 de marzo de 1858. Una vez atravesando la Plaza de Armas fue a la peluquería que estaba en el portal frontero, al llegar esperó su turno y se sentó colocando el sombrero en la silla de junto; "el sombrero se pone en el clavijero" le dijo de mala gana el peluquero, Don Benito Juárez allí lo colocó, al reconocerlo el figaro se deshacía en disculpas al Presidente, a lo que contestó: "no se disculpe amigo, el Presidente es el primero que debe respetar el sitio donde se encuentre."

Cuando estuvo en esta ciudad el General Francisco Villa, en el Salón de Embajadores del Palacio de Gobierno el 14 de febrero de 1915, pronunció este discurso:

“Señores, voy a expresar a ustedes unas palabras, como yo veo que todas las personas que están rodeadas de nosotros en este salón sean hombres de conciencia que comprendan los sentimientos de la Patria, espero que las tomen en sus conciencias porque voy a hablarles con el corazón; no soy político.

“Hay muchas personas desafortunadamente que creen que la División del Norte es el elemento de reacción para favorecer a los criminales que son la causa de la mancha en nuestro querido suelo, y desde luego debo manifestarles que esas personas están equívocos, nosotros velamos por los intereses del pueblo, ustedes son personas de intereses porque aquí está el comercio y la agricultura. Si ustedes le tienen cariño a nuestra querida Patria espero que como hombres honrados cooperarán todos con su granito de arena para que le den ser al Estado natal los que sean natales de él.

“Y alguno que tenga aquí sus negocios para que les den ser porque ahorita está convertida la República en un anarquismo y aún a todo buen mexicano le resta preocuparse por el bienestar de su país para que no nos avergoncemos de que otras naciones vean que no nos podemos gobernar por sí solos.

“Desafortunadamente donde yo he ido pisando y dominado he venido a encontrarme la casa sola y seca.

“Aquí empiezo a instalar las oficinas para que tengan ustedes con quien entenderse, necesito que aquí el Comercio y la Agricultura le den al Gobierno un millón de pesos para que empiecen a instalar esas oficinas y espero que me contesten SI o NO porque yo no lo quiero para mí; se van a quedar en las oficinas de la Patria donde ustedes susisten... ¿No hay quien responda?... (Pausa y silencio)

“Señores yo no quiero ser la vergüenza del mexicano, yo no vengo a robarles a ustedes, pero quiero que tengan con quien entenderse pero como acabo de decirles que me ha tocado por desgracia de que me he encontrado la casa sola y seca para que ustedes tengan garantías y empiecen a instalarse las oficinas de este Estado, se necesita que todos ayúdenos y veamos la manera de entregar a las oficinas, pues es una pequeña cantidad para que

empiecen a instalarse y quiero que me digan en cuanto tiempo la van a dar ustedes al gobierno de este Estado los fondos que he indicado... (Pausa) El Gobierno pondrá a ustedes un plazo para que se les reintegre esa cantidad.

“Yo no puedo exigir al extranjero que está en mi país lo que no nos pertenece; hablo con el mexicano de mi raza, si el extranjero que tiene negocios ha venido aquí, será porque ustedes lo habrán invitado, no porque lo haya invitado yo... Pero... un millón de pesos para la ciudad de Jalisco no les puedo responder más.

“Bueno señores perdonen ustedes las molestias, doy a ustedes los agradecimientos en nombre mío y del señor Gobernador y espero que todos sigan cooperando con su granito de arena para que ténganos paz y debo advertir a ustedes que hablo con el mexicano, ya la República está cansada de guerra. Hay algunas personas que creen que somos el elemento de reacción y como soy amigo del pueblo, yo con toda la División del Norte y si van a secundar la guerra los ricos como siempre, que yo creo que aquí habrá uno qué otro se les acerca una guillotina como en Francia que acabe con ellos.

“Yo seré el primero en reconocer la Ley en no pedir nada para mí para que no se avergüence todo el mexicano consciente para no dejarle mancha porque la honradez es la única ilusión que he tenido aunque me han presentado como una nube negra, pero me queda el consuelo de que no hay 99 quien me conozca capital de lo ageno.

“Así pues espero que todos unidos váyanos prontos a darle paz a la república. No olvidenos que mas antes Dios mandaba en el Cieloy los ricos en la tierra porque se les acercaba el peor porvenir de nuestro querido suelo. (Porque hay muchos que lo están pensando así) y es vergonzoso para nosotros como creo yo, que no nos váyanos a dominar por sí solos, pero se necesita que dejen esos pensamientos de reacción que tienen ahora, porque como acabo de decir que Dios mandaba en el Cielo y ustedes en la tierra (Los que halla aquí de esa época) Yo creo que con esto es suficiente, no puedo expresar más porque soy un hombre inculto, pero lo que les hablo con mi buena fé para que así lo comprendan. Yo conozco mucho de los sufrimientos y he podido comprender la ruta que está agarrando nuestra querida Patria.

“Ahora sólo me resta darles los agradecimientos por las molestias que les hemos causados para que vengan aquí a este local a escuchar palabras ignorantes que tienen mis labios, porque mi pensamiento no tiene otras. Tomen ustedes las que ustedes juzguen conveniente.”

Posteriormente se fijaron entre otras, estas contribuciones “voluntarias”.

Con \$500.00 (quinientos pesos).

Epitacio Nuño, Abraham Ocegüera, Ornelas Escudero Hnos., Rafael Ochoa, Lucio Robles, Felipe Romero, Romero, Hnos., Isaura Dávila de García, González Barajas y Villanueva Alvarez Ugarte S. en C., Teodoro Campos Kunhardt, Corvera Hnos., Garibay Hnos., Federico y Guillermo Kunhardt, C. Martínez Gallardo, Graciano Aguilar, Ochoa y C., Eladio Sauza, José G. Rivas, Abraham Gallardo.

Con \$1,000.00 (mil pesos).

Elpidio Alvarez, Manuel Bosque Sucs., José Ma. Guizar González De la Mora Hnos., Schnaider Hnos., Miguel F. González, Uribe Valencia Hnos., Esteban Venegas, Graciano Aguilar, Canónigo Manuel Alvarado Cor., Miguel Ahumada, Luis Basave.

Con \$2,000.00 (dos mil pesos).

Araiza Michel y Cía., Antonio Martínez, Francisco M. Silva Sucs., Carlos Ibarra, González Martín Hnos., Camarena y Corcuera, Salvador F. Ochoa, Ignacio F. Sahagún, Gregorio Zalapa, José G. Arreola, Martínez y Montero, Joaquín Aceves y Hno., J. Jesús Arce.

Con \$3,000.00 (tres mil pesos).

Mauro Rodríguez, Ramírez y Urzúa, Banco de Jalisco, José Cuervo, Cía. de Fomento y Bienes Raíces.

Allí también vivía y de allí salió el General Ramón Corona acompañado de su esposa al Teatro Principal, que esta en la calle

de Juárez donde ahora es el Hotel Génova, cuando fue apuñalado por Primitivo Ron, en el cruce de las calles de Degollado y Juárez en la esquina que ve al poniente y al sur, debido a la ampliación de Juárez el lugar ha quedado justo en su sitio; por cierto Caba Cañedo una de las bellezas de ese tiempo, le predijo al General Corona el ataque que sufrió, un día antes, al echarle las cartas en una kermés que se celebró en el Teatro Degollado en que ella estaba disfrazada de gitana, todavía existe esa baraja con las marcas que puso Caba.

Antes de ser Gobernador del Estado el General Ramón Corona vivía en la casa que construyó, en un terreno que fue parte del convento Jesús María, con lo que el gobierno le pagó sus haberes como soldado durante la intervención Francesa; en la pequeña manzana que existe en Morelos, Coronilla, Hidalgo y Mariano Bárcenas, con entrada por la calles de Morelos donde todavía encontramos un reja y en el cancel un monograma de las iniciales: R.C., y que por mucho tiempo así se le conoció: como la casa de Corona. Refieren que por un balcón de la espalda, por la calle de Hidalgo, pasó revista a sus tropas cuando salió a combatir a Manuel Lozada "El Tigre de Alica", que al terminar de pasar los soldados bajó montando un caballo blanco a ponerse al frente de su tropa.

El Gobernador Francisco Labastida Izquierdo llegaba a Palacio en bicicleta y Don Jesús López Portillo a pie, y solos además ¡Cómo cambian los tiempos!

El 6 de diciembre se celebra el decreto de la abolición de la esclavitud en Palacio de Gobierno pero fue decretada por Don Miguel Hidalgo el 19 de octubre de 1810 en Valladolid, allí se publicó, pero al salir las tropas de Hidalgo rumbo a México y con el desastre de las Cruces no fue acatado. El 29 de noviembre en Guadalajara se promulgó la abolición de la esclavitud por bando en el que además se prohibía el robo de caballos. El 6 de diciembre lo que hizo fue ratificarlo dando un plazo para la liberación de los esclavos.

El Doctor Baeza Alzaga, fundador de la Sociedad Médico-Farmacéutica, fue el que pensó hacer una placa con el Decreto de Abolición, que se instalara en la escalera de Palacio de Gobierno,

como el decreto del día 29 de noviembre fuera muy largo, de acuerdo a las indicaciones del fabricante Sr. Gusmeri, prefirió el Dr. Baeza se inscribiera el del 6 de Diciembre, de donde se han copiado los datos para esa celebración.

El reloj se colocó en 1884, fue adquirido por el Gobernador Francisco Tolentino. Se refiere que el instalador aturdido por las campanadas, se cayó desde el reloj, cayendo sobre un puesto de frutas, y resultando ileso.

Durante el Albazo de Medina el 30 de enero de 1915, Jesús Medina, hermano y lugarteniente de Julián con un mauser desde el portal en 16 de Septiembre, tiró un balazo al reloj quedando parado a las 4:37 horas.

La entrada que tiene Palacio por la calle de Pedro Moreno era el ingreso a la cárcel de allí estuvo hasta su cambio a Escobedo. Le llamaban el Mesón de San Cristóbal por su gran cuadro de ese santo que ahora está en el Templo de Belén.

Recientemente allí estaba el Cuartel de Bomberos.

El Palacio de Gobierno en una época tuvo unas estatuas de mármol en la fachada. En el gobierno del General Curiel se trajeron tres estatuas, se pusieron una a cada lado de la puerta principal como a dos metros del piso, y la tercera se pensó en colocarla arriba del balcón principal junto al reloj, encontrando que no resistía la cornisa el peso del mármol fue colocada en el centro de la Escuela Normal, ahora Palacio de Justicia, al hacerse allí un cancha de basket ball, fue llevada al museo poniéndose detrás de la pila; en el pedestal se anotaron algunos datos de altura, de clima y ubicación de la ciudad, después se pasó a un nicho que estaba detrás de la escalera en el mismo museo, de allí se pensó situarla en la Plaza de los Laureles frente al Sagrario en donde hasta se hizo el basamento no se realizó el proyecto llevándolo al sitio en que ahora se encuentra, en el acueducto Castaños. Las otras dos, las de los lados de la puerta, una fue regalada a Colima, la otra no se supo que pasó con ella.

A principios de éste siglo los restaurantes y neverías de lujo, eran propiedad de italianos.

Hubo dos hermanos italianos apellidados Tirán, uno propietario de "El Paraíso Terrestre" que estaba contra esquina de Palacio, cantina y nevería, sitio de reunión sobre todo de políticos, allí iba todas las tardes el Gobernador Ahumada a tomar su copa; el otro hermano tenía "El Palacio de Cristal", también nevería y bar, en la esquina del portal en 16 de Septiembre y Juárez, era un local grande, casi de un cuarto de manzana con aparadores con vidrios grandes donde estaban adosadas mesas que desde luego, eran las preferidas de las muchachas para lucirse y coquetear con los pretendientes que caminaban por los portales. Allí los sandwiches valían 5 centavos, había de caviar a 15 centavos. La Fama Italiana que estaba en el Portal Quemado donde hoy es la Chocolatería Ideal, propiedad de Don Pepe Roller, en los bajos había una cafetería y nevería donde por cierto tenían chocolates exquisitos italianos, con unas envolturas preciosas que verdaderamente dolía el deshacerlas y pasteles realmente buenos que valían 2 centavos, los de crema como los coles 3 centavos. Separado por un barandalito de madera estaba el bar en donde tenían vinos importados a \$1.50 la botella, la copa de coñac valía 15 centavos, la botella de Martel \$3.50 centavos, en los abarrotos valían menos, en los altos estaba el restaurante.

El cantinero de La Fama Italiana era un individuo muy amable y educado, apellidado Capela, le faltaba un brazo pero eso no era inconveniente a su gran habilidad para hacer y agitar las mezclas de bebidas que se llamaban copas compuestas, hoy cocteles; tenía la costumbre de no cobrar la

primera copa que vendía, por lo que ahí no faltaban los crudos sin dinero que trataban de ganar esa primera copa, me ha contado alguien que sabe, que esa copa se tomaba poniendo el paliacate sobre el cuello y tomando una punta con cada mano, además en la derecha la copa y tirando con la izquierda se ayudaban a acercarla a la boca con menos temblor, dice que así se tira mucho menos.

En estos establecimientos era donde los presumidos, que siempre han existido, hacían sus desplantes y fantochadas como un señor Romero, nuevo rico que había heredado una fábrica de tequila, por capricho compro un tronco de caballos al Sr.

Guillermo Snaider, propietario de la cervecería “La Perla” en 12,000.00 pesos, dio en su coche tirado por ellos unas vueltas de la Plaza de Armas al jardín de San Francisco, como entonces se usaba, al terminar su paseo se bajó en La Fama Italiana y le dijo a su cochero: “te regalo los caballos ya me enfadaron” Este de allí se fue con el Sr. Snaider y se los vendió en “6,000.00 pesos.

Pero para hablar de La Fama Italiana le pasamos la palabra al Sr. Lic. Don Julio Acero que nos dice:

LA FAMA ITALIANA

“La Fama Italiana durante más de un cuarto de siglo, desde sus comienzos, mantuvo con verdadera “fama” sus puertas abiertas hacia la mitad del “Portal Quemado”, (como popularmente se ha conocido el que está en la Calle de Pedro Moreno en el costado sur de nuestra Plaza de Armas).

La Fama Italiana, restaurante, cantina y pastelería, fue un verdadero centro social y punto de reunión de todos los más destacados intelectuales, comerciantes y políticos de la época, así como de todas las familias de nuestra clase media.

“En la pastelería y nevería de la planta baja, en mesas de mármol, se podían saborear los genuinos helados de leche y de vainilla y se podían probar los exquisitos vol-au-vents, brioches y “bolas de Berlín” comprar un paquetillo de marrón glasés por una peseta o una botella de magnífico tinto italiano (“vino de tábola”) por sólo cincuenta ventavos, mientras que en el piso superior, en las salas del restaurante, en cuya cocina laboraban “el chef” Pablo Valdez, y su ayudante “Toña la Negra”, se contemplaban desde los balcones los jardines fronteros al Palacio de Gobierno y se servían los mejores espaguetis, el esponjado risotto y el pollo a la parmehana rociado con un buen vaso de Chianti.

“En cuanto a la cantina que se encontraba aparte, también en la planta baja, pero separada de las otras dependencias tabique de por medio y atendida por el experto español Aquilino Llamedo y por sus buenas bebidas y sobre todo por su selecta concurrencia presidida por el dueño de todo el negocio, el inolvidable Don Pepe

Rolleri, una gran figura bonachona cuya cara encuadrada por una luenga barba (entonces inusitada) resplandecía sobre el traje fino y holgado y lucía un par de vivos ojos y unos labios carnosos continuamente entreabiertos por la pipa de nogal o el gran puro aromático.

“Don Pepe era nada menos que el Cónsul de Italia, providencia benéfica de todos sus paisanos, algunos de los cuales llegaban a veces desvalidos a la ciudad, amigo estimadísimo de todas las personalidades, personaje intachable y cariñoso padre de familia que honrado por el Rey de su país con el título de “Cavaliere”. A su derredor se juntaban con frecuencia paladeando el Martell o el Hennessy, nuestros más añorados escritores y profesionales que formaban un especie de peña, para charlar y discutir los temas palpitantes.

“Se recuerda entre muchos asiduos al distinguido y olvidado Ingeniero Angel Corsi, que dirigió la construcción de la nueva cúpula del Sagrario y era fogoso y apasionado conversador: al atildado y nervioso Don Luis Corro eximio profesor de francés, que fue diplomático en Europa y tradujo admirablemente algunas obras de André Theuriet y al cultísimo abogado Don Jorge Delorme y Campos, maestro de la Facultad de Jurisprudencia y también entusiasta de la literatura francesa; el escultor y marmolista Vicente Gusmeri a quien se deben varios altares de nuestras iglesias y muchos monumentos del Panteón de Mezquitán: Don Ciro L. Guevara precursor de nuestros modernos publicitas, al ocurrente y multifacético Don Juan Lavat.

“También podía verse algunas veces al monumental Don José Barba y Anaya, Presidente del Supremo Tribunal; al dinámico Don Jesús Álvarez del Castillo que fundó después el “El Informador”, al conocido vate Salvador Escudero; al chispeante Chato Padilla director del popular semanario “El Kaskabel”, al pícaro y desbozalado pero admirable versificador y en lo íntimo poeta sentido “El Gato” Enrique Villaseñor, al compositor Andrés Sandoval que lloraba de embriaguez y sentimiento al compás de la música de su “Soñadora”, al pintor y Director del Museo al bondadoso Ixca Farías.

“Don Ferruco” un amable sordo mudo siempre vestido de figurón de frac o de levita y sombrero de copa que le obsequiaban los Fernández del Valle, y por otra parte el llamado “Marqués de

Fregoso”, antiguo minero, víctima de una megalomanía que le sobrevino a raíz de un accidente, por cuya inofensiva locura ostentaba el pecho tapizado de medallas de hoja de lata, obsequios según él de las reinas y emperadores de Asia y Europa.

“En “La Fama” lo invitaban a un espumoso ginger-ale llamándolo champaña y simulaban venderle en muchos millares de pesos un fabuloso rebaño de elefantes color rosa que pastaban en la India por lo que en cambio entregaba en pago cheques de medios millones firmados por “El Marqués”. Allí escuché la última hazaña de Don Juan Lavat que vivía en una casa contigua de otra idéntica hechura y fachada. Una mañana, más que pasado seguramente de los coñacs de toda la noche, Don Juan que creía regresar a su domicilio, se metió en el vecino que habitaba una viuda jamona y de momento ausente por haber ido a misa. Como la puerta estaba abierta, el intruso penetró a la recámara que imaginaba suya y se tumbó sin más en el ajeno techo durmiéndose al instante por la mona.

“Pero al llegar la viuda y encontrar llena de escándalo a su embriagado vecino, lo despertó a empujones gritándole con estridencia: ¡Don Juan! ¡Don Juan! ¡Usted se ha equivocado! ¡Está en mi cama!

“Pero el molesto durmiente, apenas abriendo los ojos y la boca, le contestó entre gruñidos: ¡Señora! ¡permítame seguir equivocado hasta las doce! Y se rindió de nuevo.

“La Fama Italiana desaparecida como desaparecieron sus antiguos concurrentes y su mismo propietario el tan apreciado Don Pepe Rolleri que acabó sus días muy enfermo y semi-ruinado porque el encarecimiento de las rentas y de los impuestos y de todos los gastos, hicieron decaer el negocio que a la postre concluyó de consumirse en un incendio”.

-0-

Todavía en las primeras décadas del siglo había reuniones de platicones y murmuradores en Guadalajara, se reunían por las tardes y noches en sillas o equipales, y se dedicaban al chisme y a la murmuración. Tres eran clásicas; la del Casino Jalisciense

ubicado en el portal frente a Palacio, en los altos de donde hoy es Chalita, a los lados de la puerta y en sillas austriacas se encontraban los chismosos de alta alcurnia, entre ellos los Doctores Juan Campos Kunhard, Abel Romo, Zauco G. Nuño, Los Cuesta, los Basave, Gabriel Blanco, Manuel Aldrete, Guillermo Moreno, Navarro Velarde y el Chato Corona, del que me contaron que no era chato, que se hizo a consecuencia de un intento de suicidio, por una decepción amorosa que tuvo de una dama que vivía por el jardín de San Francisco, que al apuntarse una pistola al paladar le tembló la mano y el tiro le pegó en la punta de la nariz.

Por cierto muchos de éstos hasta comían en el Casino para principiar la murmuración desde temprano.

Otros se juntaban en el Portal de las Flores, era una tienda llamada "Las Flores" de los hermanos Romero, que vivían en la esquina de Galeana y Morelos contra esquina de la botica Cosmopolita. Era una tienda donde ya no había nada que vender, había por todo unas bombillas viejas, un calendario de Rodríguez y creo que rapé; eran ricos, no les importaba vender, lo que querían era su club donde estar para hablar mal de todo mundo, los asientos eran equipales grandes y cómodos que estaban a los lados de las puertas, allí se hablaba mal desde del arzobispo hasta del monaguillo. Las malas lenguas decían que era el club de los "nalgabruta".

Otro grupose hacía en la Cerería de Calderón en la esquina de las calles de Pedro Loza y Morelos, donde hoy está la entrada del estacionamiento Los Laureles, se sentaban en equipales detrás del mostrador y cerca de las alacenas, hablaban de los que iban pasando "esta vieja es prestamista" "esta vieja es querida de fulano".

-0-

Ya los portales, salvo el Quemado, han pasado al anonimato, no podemos identificarlos aunque sea por un almacén notable como en un tiempo lo hicimos: Portal de la Ciudad de México, Portal del Nuevo París. Ahora están plagados de zapaterías y tiendas de segunda, de esas de eternas ofertas, visitados sólo por los turistas que todavía creen que los zapatos en Guadalajara son mejores y más baratos y han sido engañados con la hospitalidad y

la limpieza de Guadalajara; nosotros sólo pasamos por ellos en pésimas condiciones de ánimo ya que es el paso para ir al pago de contribuciones o defendernos de alguna arbitrariedad de las autoridades, pero a mi generación aún nos tocó “vivir los Portales de Guadalajara, ya que murieron con el principio de la remodelación del centro, por los años 50, con la ampliación de la calle de Juárez que destruyó parte de ellos, como fue todo el portal de esa calle.

En este portal en su esquina de Colón entonces estaba La Joyita, tienda de revistas y libros de un señor Jakes, allí comprábamos Cinelandia, una revista dedicadas a los artistas de cine, y que además de admirar las estrellas de cine de esos tiempos, servían para entablar plática y leerla muy juntitos con la novia, en la nevería Acrópolis que atravesando la calle estaba, propiedad de Constantino Papas y su esposa. La más catrina entonces, allí vendían, sondaes, banana splits y malteadas y al final, a la salida comprarle unos almendrones o unas gomitas.

No saboreábamos el rato pensando en la cuenta.

Frente a La Joyita, en las alacenas del portal mismo estaba en la esquina una tabaquería “La Palmita”, de Miguel, un individuo chaparro, siempre muy bien vestido que después se cambió frente al cine Variedades con el nombre de Mike’s Place, él ya murió pero aún sigue la tabaquería. En seguida estaban las alacenas de Angel (González Fernández) y luego la de Chole, con los sandwiches y lonches más exquisitos, ella misma preparaba sus carnes, los chiles jalapeños, chipotles y serranos, y la cebolla picadita y desflemada con limón; 10 y 15 centavos, pero que no se olvide el pan, el de los sandwiches era del que preparaban amasados a mano los fombón y otros chinos panaderos, y el de los lonches eran birotitos delgados, largos y doraditos de La Nacional.

Después de La Joyita estaba “Mi Tierra” una de las neverías de los Nicolases García, con sus barquillos de nieve de frutas frescas y de leche de vaca, surtidos y con uno o dos copetes, a “uno cinco, dos ocho y tres diez” por cierto uno de los tipos clásicos de los portales “El Marqués” compraba tres, tomaba uno en cada mano y el otro se lo echaba a la bolsa.

Luego seguía La Copa de Leche, era sólo un callejón angosto

que se ampliaba ligeramente al fondo con unas 6 ó 7 mesas pequeñas; en la puerta giraba el doneraqui, carne de cerdo a las brasas, de lo que hacían lonches.

Seguía el Salón Palacio, una cantina catrina, con tapanco donde había cantadora y Nacho Pérez y su conjunto con música de Jazz, era propiedad primero del Sr. Ramón Nido en Chapala y después de Manuel Cué, el del Salón Cué.

Uno de los corredores del portal que se dedicaba a joyas, llamado Manuel, una ocasión estando en la barra del Salón Palacio, a un lado de él, sesentó un individuo que llevaba un anillo con un gran brillante, desde luego Manuel se interesó y le dijo: - Amigo le compro su anillo-. A lo que le respondió: -Es falso.- Déjeme verlo -lo vio y encontrándolo legítimo ofreció 20 mil pesos.- Le digo que es falso.- No importa, se los doy. Hicieron el trato y cuando Manuel llegó a su casa se dio cuenta que era falso. Le habían dado el cambiazo. Nada pudo hacer ya que por falso se lo habían vendido.

Después La Marina Mercante, una tienda de artículos religiosos, paraguas, chalets, cuellos y puños duros, amarillos por el sol que ya no se usaban. Eran entonces verdaderas antigüedades puesto que cayeron en desuso desde que se acabaron las fiestas de etiqueta con la Revolución, que nos hizo proletarios y que resurgieron con el baile en Palacio durante las fiestas del IV Centenario de la fundación de Guadalajara, en donde se mezcló la ceniza porfiriana con la nueva aristocracia pulquera de la Revolución, de dobles apellidos que vive buscando ilustres antecesores, se manda hacer un escudo de familia y se lava la sangre a ver si acaso. Y al fin en la esquina con 16 de Septiembre la sombrería El Castor de un Sr. Adolfo Tousaint o después Toussaint Hnos. donde vendían sombreros Borsalino, Dobbs, Stetson y Tardán, con un letrero en los aparadores: "De Sonora a Yucatán se usan sombreros Tardán".

En éste portal frente a la Academia, estaba la alacena de la Güera, famosa aguafresquera que ponía en un vaso trozos de frutas frescas, melón, fresas, naranja, arrayanes, jarrilla, los apachurraba con un bolillo de madera, luego jarabe, hielo y lo pasaba de un vaso a otro para mezclarlos; me acuerdo todavía de los que me hacía con papaya, fresa, limón y un poquito de jamaica. Luego

estaba una alacena con cigarros y puros y la pastelería "El Globo", pastelitos exquisitos que junto con los que vendía en la puerta de la casa de los García Aceves frente a Catedral, han sido los últimos comibles en esa ciudad, y luego la alacena del Pica Pica, el celestino más prestigiado de la ciudad que tenía su mercancía dando vueltas por el portal para exhibirlas. Una ocasión ofreció a un cliente una extraordinaria pieza en quinientos pesos a lo que repuso el interpelado que por quinientos pesos le consiguiera un marchante que se los pagara a él; a la siguiente vuelta el cliente estaba listo, pero al no cumplir el trato, Pica Pica exigió su comisión.

La última alacena en la esquina era una frutería.

Todo esto se acabó cuando tumbaron ese portal, los portales con vida de Guadalajara, ese día murieron.

Pero vamos dando vuelta, siguiendo por 16 de Septiembre.

Después de la sombrería El Castor estaba, París-Nueva York, una tienda de artículos para caballero, vendían sobre todo casimires, camisas y corbatas; luego la Ciudad de México, un almacén grande el principal de esa época, la tienda más elegante y bien surtida de entonces, con enormes aparadores y tres puertas, una por 16 de Septiembre, una en la esquina y la otra por la calle de Pedro Moreno; ocupaba más de una cuarta parte de la manzana. Tenían unos largos mostradores con vitrinas al frente y unos bancos giratorios para que se sentaran cómodamente los compradores. Por ahí siempre había señoras de poco quehacer, que duraban varias horas viendo telas, botones, perfumes o paraguas, quedando las mercancías sobre el mostrador formando tales montañas que tapaban al sufrido dependiente, sin embargo me imagino que éstos se divertían en grande, porque tomaban con el cliente larguísima pláticas de los más inverosímiles temas y en las que incluso llegaban a alternar otros compradores y hasta los jefes que por ahí circulaban en calidad de supervisores; después de una paciente selección y una larguísima charla terminaban por comprar alguna cosa, entonces y casi siempre a sugerencia del mismo empleado, se solicitaba de algún jefe un descuento en el precio, que siempre lo concedían.

En cada uno de los mostradores había una canastilla metálica donde el dependiente colocaba la mercancía elegida y en un cilindro de cuero con tapa, que parecía cubilete, ponía el dinero y

la nota de venta; tirando de un cordón elevaba la canastilla hasta un mecanismo que al tirar otro cordón la disparaba rápidamente corriendo, mediante carruchas, colgadas de un cable hasta un departamento de caja que estaba al fondo de la tienda en un entrepiso, que antes llamaban tapancos y ahora mezanines, allí envolvían la mercancía y cobraban; el paquete y el cambio regresaba por el mismo conducto al dependiente que haciendo bajar la canastilla las entregaba al cliente.

Era muy interesante y divertido ver y oír las canastillas que algunas recorrían 10 ó 15 metros, y cuando el tirón del vendedor o de la cajera no eran suficientes quedaban a medio camino, entonces alguno de los jefes que por allí deambulaban, le daba un aventón con un otate. Quizás este sistema era el característico del comercio francés que entonces dominaba, pues del mismo modo procedían en Las Fábricas de Francia que ya existían entonces El Nuevo París que estaba en el portal frente a Palacio, donde ahora es el edificio Plaza, El Nuevo Mundo en el cruce de Corona y Pedro Moreno y Las Fábricas de México en Pedro Loza y Morelos y que después fueron los Almacenes Favier.

En la Ciudad de México las empleadas eran ya verdaderas instituciones como aquellas dos ancianas hermanas que encargaban del departamento de botones y encajes, con cuellos altos, mangas largas con adornos en los puños y enaguas hasta el suelo, a la manera victoriana; Simón el que estaba en blancos y Carmen la de la perfumería.

Vendían telas especialmente, que tenían dobladas sobre una tabla de unos 20 centímetros de ancho, acomodadas en alacenas y ligeramente inclinadas para dejar ver algo de su color y dibujo. La compradora una señora con poco quehacer, hacía que el pobre dependiente bajara y le enseñara 20 o 30 de aquellas pesadas piezas de tela extendiéndolas en parte sobre el mostrador, con un tac-tac sordo que producían los golpes de la pieza al irse desdoblado, con delicadeza tomaba ambas esquinas del extremo para extenderlas y mostrar el "derecho" de la tela, la montaba sobre su brazo para que se pudiera apreciar la textura y caída y algunas veces hasta modelaba. Esto sí un dependiente que apreciara su importancia hacía todo esto con la elegancia de un torero en una larga cordobesa. La clientela pedía una muestra de cada tela y se iba sin comprar...

Cierto es que también de cuando en vez compraban, pero para esto, con la muestra o con la tela entera que cargaba el dependiente iba a otro departamento a buscar los botones y los adornos que necesitaba para el vestido programado, ya que entonces no había hechos, cada quien se los hacía en casa, hasta había costureras que se contrataban por un día o dos o tres a la semana para hacer la ropa, ya que se hacían desde los calzones; además de zurcir los calcetines, que a cada puesta se rompían, en un huevo de madera y con una aguja y dedal haciendo una obra de arte con el tejido para llenar el agujero que dejó un dedo ahorcado, lo aplanaban con un martillo también de madero pero de todos modos icómo lastimaban después...! Ya me salí de La Ciudad de México, allí también vendían perfumes y polvos para la cara, alfombras paraguas, y artículos de deportes.

En el portal de La Ciudad de México como a media cuadra había una alacena que vendían únicamente coca-colas muy bien heladas, las tenían en un refrigerador lleno de hielo picado, llenaban lo que a la botella le faltaba con jugo de limón; como anuncio había unas enormes botellas a los lados y por fuera del local. Me llamaba la atención el éxito que tenían, ahora me van diciendo que mediante cierta clave, les ponían tequila o aguardiente para hacer changirongos o cubas libres. En seguida estaba una alacena con un guajolote entero en galantina, sentado sobre el mostrador y adornado con collares y aretes de papelillo, de la parte posterior iban sacando rebanadas para hacer unos sandwiches buenísimos y muy caros, valían 15 centavos. Después había una que vendía cerveza de raíz que estaba de moda y dizque nos gustaba pese a su sabor exacto al de la goma de las estampillas y luego unos helados de casta napolitana, eran cuadrados, entre dos galletas, mitad de fresa y mitad de leche con trocitos de fruta cubierta, valían 15 centavos.

Dando vuelta por Pedro Moreno continuaban los aparadores y una de las puertas de La Ciudad de México; luego la tienda, que aún existe, de botones y encajes de la familia Escanes, la fundó Don Godofredo Escanes que creo que la puso con el dinero que ganó cortando las trenzas de las tapatías en la época de las pelonas y el charleston, en su peluquería que estaba en la Av. Colón donde cierra la calle de Ferrocarril; en la esquina la joyería y relojería La Perlita, que también aún existe y que si no me equivoco es el negocio más antiguo de los portales de ahora.

Las alacenas en este portal estaban ocupadas casi todas por dulcerías, entre las que destacaba especialmente la de Concha, la más famosa de todas con sus charolas con dulces de todos colores, verdes los de limón, rojos los de fresa y jamaica, blancos los de leche, grises los de camote; con la fruta cubierta, naranjas, limas, tunas, tejocotes, piña, etc. sobre el mostrador terrones de nuez y cacahuete de dos obleas, taquitos de cajeta también en obleas, cocadas doraditas con una almendra, que por cierto después se convirtió en media almendra y después en un raquíctico cacahuete; además también cubiertos; arrayanes, calabaza, biznaga y chilacayotes, sin olvidar las colaciones blancas, verdes, rojas, amarillas y azules que servían también para decorar el puesto. Por fuera a ambos lados había piñatas colgadas de palos que representaban estrellas, gallinas, barcos de vapor, coles, zanahorias etc. La dulcería de Concha, cuando quitaron las alacenas del portal fue a dar al pasaje Juárez y 16 de Septiembre, allí estuvo Concha o Conchita como le llamábamos hasta su muerte el 18 de diciembre de 1973, ahora el negocio está en manos de un sobrino que fue su heredero.

En ese portal, en una alacena estuvo el que creo fue el primer puesto de hot-dogs, con la característica de que el pan después de sacarlo del vapor lo horneaban hasta dorarse y las salchichas se asaban a fuego lento en unos alambres giratorios.

Siguiendo la vuelta por Colón estaba la ferretería La Paloma propiedad de un Sr. Urzúa, por cierto allí comprábamos el triplay y las seguetas para calar en los trabajos manuales escolares. Allí después estuvo la nevería y cantina El Escargot propiedad de Manuelito el de Nápoles y después de las Sombrillas, en seguida, una de las neverías de los Nicolases con garrafas en la puerta y dentro de un pequeño salón vendían una nieve de chocolate exquisita, allí mismo se desprendía una escalera que daba a una casa y locales profesionales que había en el piso superior.

Frente a este nevería estaba la alacena donde principió La Playita con sus lonches calientitos de pierna que han pasado a la historia. Muy jóvenes estaba allí Rigo, su hermana, no sé como cabían ya que eran bastante gordos; su hermana nos lo hacía mejores, valían 15 centavos.

Ya desde entonces estaba la zapatería de las BBB, en la entrada había un grueso pilar con espejos azules, era uno de mis lugares favoritos para recargarme. Allí también antes estuvo una bonetería: La Española, con un versito en el cristal del aparador que decía:

De la China a la Manola,
Desde el Chaparro hasta el Catrín
En la Española se surten
Fina media y calcetín.

Luego en la esquina La Joyita del Sr. Alvo que ya mencionamos anteriormente.

-0-

Alrededor de los años 30 se acostumbró hacer un paseo los domingos después de misa de 12, las dizque aristócratas mujeres de la época en un auto descubierto cuyo lujo era ir "petaqueando", es decir que el motor de por sí ruidoso de cuatro cilindros, se oyera acompañado. Lo más lento que podían iban de la Plaza de Armas al jardín de San Francisco por la calle 16 de Septiembre, rodeaban la Plaza y el monumento a Ramón Corona para el trayecto de retorno, así una y otra vez hasta que el sol de esa hora y el olor a gasolina se hacían insoportable. Las muchachas que tenían la dicha de ir en los coches, se sentían felices de despertar la envidia de las que iban a pie.

En las esquinas se formaban corrillos de catrines, a ver pasar a las bellezas en sus poderosos automóviles, todos uniformados ya que el máximo de la elegancia masculina estaba representada por un pantalón de franela blanco o gris perla, saco cruzado azul marino, zapatos de dos colores, corbata y pañuelo rojo, este último asomando un piquito en la bolsa del pecho del saco y desde luego, en verano, la panela, también llamada carrete, y alguno de estos fifís hasta llevaban bastón.

Las panelas, esos sombreros que usan los músicos de dixie, eran de paja, de color natural, con una cinta negra ancha que circundaba la mitad de la copa, aunque algunos tenían la osadía de llevar la cinta azul y hasta roja, valían 3.50 en la sombrería El Castor, se empezaban a usar por marzo y desaparecían con la

primera tormenta; con el tiempo se ponían amarillas y entonces servían para arrojarlas en la plaza de toros después de una buena faena, o bien para lanzarla sobre el tendido, tomándolas por el ala o la manera de bumerang, lo que les imprimía un movimiento rotatorio que las hacía subir y bajar por el aire. ¡Pobre del aficionado que recibía en pleno rostro una panela tirada en tal forma!

Se usaba también, sobre todo entre las muchachas escolares, que al ir por la calle y encontrar un individuo con panela, darle a la compañera tres golpes diciendo: una dos, tres, panela.

Porque entonces todavía la mayoría de los hombres usaban sombrero, fue justamente la época de la revolución sinsombre-rista, los jóvenes dejaron el sombrero con la desaprobación y desagrado de los mayores, me acuerdo bien que muchas veces me dijeron "cúbrete", indicándome me pusiera el sombrero que no traía, pues la cortesía mandaba quitárselo ante personas de respeto y sobre todo ante mujeres.

Creo que había ciertas reglas no escritas sobre el particular, cuando un señor en la calle se encontraba con alguien de poco respeto sólo se tocaba el ala del sombrero con la punta de los dedos haciendo una ligera reverencia, si era mayor su alcurnia, entonces realmente lo levantaba descubriendo la cabeza y la reverencia era más acentuada; si se detenían a cambiar alguna palabra era con la cabeza descubierta a menos de ser autorizado con un "cúbrase", pero nunca ante una mujer, entonces definitivamente quedaba en la mano, y sólo se volvía a colocar hasta haber finalizado la despedida.

Las normas de cortesía con el sombrero eran muy estrictas y exigentes, en especial con los ministros de la iglesia. Por cierto en la época del radicalismo religioso y antirreligioso, había un sacerdote que vivía por la calle de Placeres (hoy Madero), a la altura del Parque Revolución, su ministerio lo ejercía en la Parroquia del Pilar, todas las mañanas al terminar la misa de ocho se dirigía a desayunar a su casa andando por esa calle, hora en que se cruzaba con un vecino de la media cuadra que iba al portal por el periódico, llamado Don Federico Werche, éste era un jacobino fanático, en cuanto veía al sacerdote se quitaba el sombrero y cuando se

encontraban, a dos manos se lo encasquetaba lo más que podía, el padre que exigía respeto se molestaba sobre manera, como también tenía que dejarle el lado de la acera, se vengaba recargándose en la pared para obligar a Don Federico que se la cediera. Una ocasión que así lo hizo, Don Federico después de saludarlo, sacó su periódico y recargado en una ventana se puso a leerlo, prestándole una sección al padre, cuando terminaron se las cambiaron, y allí siguieron recargados en una reja sin hacer caso a los llamados de sus familiares para que fueran a desayunar.

Frente a las casas de ambos vivía una muchacha que tenía un pretendiente, médico, que fue el que me contó esta anécdota, que todos los días a las 12 horas pasaba frente a su casa, al hacerlo como de costumbre lo esperó una hermana de Don Federico, llamada Virginia para ponerlo al tanto del incidente y pedir su intervención, entonces, tomando a ambos contendientes por el brazo los llevó a medio arroyo para que cruzaran sin ventajas. Desde ese día cuando el padre y Don Federico se encontraban, hasta caminaban platicadores y amables como buenos vecinos, pero por media calle.

Pero vamos pasando al otro portal, el de Santa María de Gracia, el de frente a Palacio de Gobierno. Llegando por 16 de Septiembre encontrábamos en la esquina La Ciudad de Bruselas, donde vendían chácharas llamativas, barajas, encendedores, fichas de pócar, tirantes, fajos, etc., en aparadores muy surtidos que era divertido verlos, después se cambió ésta tienda a donde ahora está. Seguía la casa Zavala, de don Macario Zavala, con la ropa de punto que hacía en su fábrica. Hacía unas baratas vendiendo la ropa por kilo, con gran propaganda y orquesta en la puerta del establecimiento; por cierto era uno de los lugares donde tocaba Gonzalo Curiel. En seguida la puerta del Casino Jalisciense, luego El Nuevo París que aún existe y que ocupaba todo el resto de la cuadra, lleno de aparadores con ropa, telas, cobertores y juguetes; llegaba hasta la vuelta por Morelos en el portal que entonces llamábamos de Las Flores, cuya esquina oriente era el lugar de reunión de los músicos.

En seguida estaba la cristalería Hemuda, un local grande lleno de vasos, copas, peceras, etc.

Luego la fotografía Azpeitia, una de las de moda, allí llegaban los cortejos matrimoniales después de la ceremonia a retratarse, hasta valla les hacían los transeúntes para ver a los novios, los padrinos, los padres y las damas. Las quinceañeras con sus quince damas y chambelanes hacían otro tanto, y después exhibían las fotos en los aparadores de la entrada.

Un poco adelante estaba la tienda de "Las Flores" de los hermanos Romero, y en la esquina de Colón, la sedería y mercería La Valenciana. La alacena más notable de ese portal era la de Emiliano, el de las tortas, eran deliciosas; él preparaba las carnes, lomo, salchichón, queso de puerco, lengua y pata; al pan le untaba frijoles, luego la carne una buena rebanada, rábanos y lechuga picada; las bañaba con salsa y luego unas ruedas de cebolla desflemada. El equipo era de cinco, cada uno en una operación, por un lado de la alacena se ordenaba y por el otro se recogía el pedido y se pagaba. Emiliano era el que ponía la carne. Nunca ha habido tortas iguales. Sus hijos aún están frente al jardín de San José.

Al dar vuelta por Colón estaba la tienda de telas de Varón y Meyohas, por cierto este último, un individuo chaparrito muy gentil, todas las mañanas como a las 10 iba a hacer su depósito al banco y caminaba con los billetes en la mano izquierda a la altura del hombro y con la derecha le iba saludando a toda la gente. ¡Qué tiempos aquellos, nunca le arrebataron el dinero! También estaba "El Progreso", de un Sr. Covarrubias, tienda que el día que se inauguró se quemó. Ese incidente se tomó como estribillo en su propaganda: "El Progreso La Tienda que se quemó". "La famosa quemazón. En La Quemazón los pesos a tostón". En las alacenas había otra nevería de los Nicolases, ya que varias veces los he mencionado, diré que: Nicolás 1º, como se llamaba, principió vendiendo nieve en garrafa en la esquina del mercado Corona, luego tomó un local en ese mercado por la calle de Hidalgo, donde también empezó a vender un tejuino que fue famoso: Nicolás II puso las neverías del portal y aumentó el negocio con restorán llamándole: Mi Tierra. Nicolás III, tuvo la pésima ocurrencia de hacerse médico y acabar con las magníficas nieves, tejuinos y negocios.

También varias alacenas de ese portal vendían jericallas, en

unas tazas desorejadas y manchadas ya que las cocían en horno de carbón, quedaban hasta con ceniza y había que soplarle antes de comerla, ¡pero qué buenas eran!

Por la vuelta de este portal, por Pedro Moreno, no me acuerdo más que de la joyería y relojería de Luis Chávez que aún existe.

Vamos pasando ahora al portal Quemado, lo primero que encontramos era a Secundina y Rosa, dos hermanas gordas, medio sordas y roncadas que eran propietarias de la primera alacena llamada "La Paloma", vendían billetes de lotería, entre ellos la de Madrid de millones, que entonces era extraordinario, además cigarrillos, detenían a la pasada a los probables clientes hasta que les compraban, todavía ahora en 1980 existe "La Paloma" en los pasajes, en la primera alacena a la derecha, entrando por 16 de Septiembre por las Fábricas de Francia. Allí está Secundina con 88 años de edad y 73 de vender billetes de lotería, ya que me dijo que empezó en su alacena a los 15 años, éste es el negocio más antiguo de los antiguos portales.

En la espalda de ese cajón, se reunían todas las mañanas los coyotes en alhajas, haciendo entre ellos sus negocios. El resto de las alacenas estaban ocupadas por vendedores de mercería; botones, broches y listones y sobre todo muñequitos de trapo, algunos de casimir, muy catrines con chaleco y saco, bastón y sombrero o novias con velo y zapatos de raso; los vestidos eran hechos con telas de los muestrarios que desechaban en las tiendas, por lo que había de percal o de seda y tul. Todavía hace poco una anciana en la esquina del Mercado Corona, vendía de esas muñequitas.

Las tiendas de ese portal eran mercerías, telas de poca calidad y sólo había que mencionar, La Fama Italiana y junto a ella La Reinera que no hace mucho aún existía; allí se podía encontrar juguetes de lámina y de madera viejos y empolvados, hilos y rebozos; atendida por su propietario el Sr. Vaca, ya anciano y su inseparable gato negro de Angora que la pasaba dormido en el mostrador.

En la esquina estaba "El Paraíso Terrestre."

Donde ahora es la Plaza de los Laureles frente a Catedral y el Sagrario, había una plazuela que se conocía por la Plaza de Catedral y ocupaba más o menos la mitad del espacio actual, el resto era una pequeña manzana, y frente al Sagrario, en la esquina había un edificio de dos pisos, en los bajos una tienda que fue ferretería y zapatería, enseguida la papelería de Angel Bolumar, uno de los fundadores y jugadores del equipo Guadalajara, que murió en el estadio de un infarto una vez que le anotaron un gol a sus amadas Chivas. En los altos el Cine Lux, el más catrín de la época, el salón estaba amueblado con sillas austriacas de bejuco y tenía un anfiteatro con pequeños cuartos con cuatro sillas y cortinas para cerrar la entrada, una ventana por la que se veía la sala y la película; yo estaba muy chico, no tenía edad para juzgar si sólo para presenciar la función servían los cuartitos. Siguiendo la escalera se llegaba a la oficina de la operadora de cines donde José Mora Ibarra nos daba las credenciales para pagar la mitad en el cine ya que había luneta y galería, con un boleto de galería que valía la mitad entrábamos a luneta.

Seguía la casa de los García Aceves, con una cochera de entrada donde al mediodía vendían unos pasteles hojaldrados rellenos con una carnita deshebrada condimentada con jitomate y cebolla deliciosos, los que los comíamos todavía soñamos con ellos, en la noche la venta era de tamales que tenían en una lata alcoholera y que junto con los que vendían en una casa por la calle de Pedro Moreno frente al Hotel Francés, son los mejores que he conocido, con éstos últimos también había atole en jarros, de leche, piña, tamarindo, etc. en el corredor de la casa tenían dos mesas con sus manteles, rodeadas de macetas con palmas de carricillo, unas jaulas con pájaros y en una pared, en sitio principal, un cuadro que era un camino ascendente, toruoso por donde iban grupos de almas puras con túnicas, el pelo suelto y cantando alabanzas al final del camino el Creador cómodamente sentado en un trono, abajo unas llamas quemando a otro gran grupo de gente, allí todos encuerados; cantando, bebiendo y enamorando. Cuando veía uno el cuadro, no sabía que preferir: abajo o arriba.

La casa de los García Aceves llegaba hasta la esquina de Hidalgo ellos ocupaban la planta alta, en los bajos había un restaurant de Benito que nos vendía legítimo Fundador a 15 pesos la Botella, alguna vez que llegamos a comprar una nos dijo: no hay

pero ahorita se los hago. Al otro lado estaban los productos Brambila de extractos y fórmulas para preparar licores, así era el legítimo Fundador de a 15 pesos, igualito al de ahora. En seguida había más mercerías y por la vuelta de Hidaigo, frente a la antigua Casa de Moneda la tienda de telas El Vapor y la perfumería Princesa ambas famosas por el surtido y precios de productos de combate.

Siguiendo la manzana por Pedro Loza, estaba el Edificio Assad, ocupado en el primer piso por la radiodifusora X.E.A. con programas vivos, me tocó acompañar alguna vez a Pedro López, en el mundo artístico, Armando Garrón, le pagaban un tostón por media hora de cantar, éste Edificio Assad, fue el último que se tiró para hacer la plaza ya que el dueño interpuso amparo y con todas las fincas tumbadas y plano el terreno se conservó por años deteniendo una obra importante para la ciudad. También estaba la casa de los Calderón con su famosísima cerería, la que fundada en el siglo XVIII y que conservaba colgada del techo la balanza original desde su iniciación y donde se formaba el corrillo de platicones del que hemos antes hablado.

-0-

Frente al portal está la Plaza de la Universidad, originalmente fue mercado, allí vendían en el año 1600 la carne a dos y media libras por real, una vaca 24 pesos, una yegua 5 pesos, pan tres libras por un real, leche un cuartillo (dos litros aproximadamente) por un real, huevos veinte por un real, guajolotes a dos reales, gallinas un real, pollo medio real, verduras y frutas a real la docena; este mercado desapareció por un incendio el 31 de Mayo de 1695.

El nombre de Plaza de la Universidad le vino porque en el lado poniente, donde ahora está el Edificio Lutecia estuvo el Colegio de Santo Tomás, asiento de la Universidad de Guadalajara, fundada por Fay Antonio Alcalde el día 3 de noviembre de 1792, y siendo su primer rector Don José María Gómez y Villaseñor. Para su funcionamiento, Fray Antonio Alcalde donó de su propio peculio \$ 20,000.00 pesos; además \$260,000.00 para el Hospital Civil, \$400,000.00 para iglesias, \$63,000 para conventos, \$ 180,000.00 para escuelas, \$ 12,300.00 para arreglo de calles y \$ 11,000.00 para caminos; repetimos: todo esto de su propio caudal, en su testamento sólo pudo legar \$ 267 pesos y 2 reales.

En el antiguo Colegio de Santo Tomás estuvieron la rectoría de la Universidad de Guadalajara hasta 1937, en que un gobierno vendió ese edificio; la puerta principal estaba frente a la plaza, daba ingreso a un patio con corredores de dos pisos con arquería; en el corredor del norte se desprendía la escalera amplia de cantera con pasamanos también de cantera, escalones anchos y de escaso peralte que se habían desgastado tanto que ya parecía una rampa. El exterior con ventanería el piso bajo y balcones el segundo, el costado sur daba a la calle del Carmen, hoy Juárez, y el poniente o sea a espaldas de la puerta principal a la cerrada de la Compañía, hoy Galeana, nombre que tuvo ya que esa calle cerraba en el Templo de la Compañía que estaba anexo al Colegio de Santo Tomás, por el lado norte y hoy ocupado por la oficina de Telégrafos; por ésta iglesia a la Plaza de la Universidad también se le llamó Plaza de la Compañía, en seguida y ya en la esquina de la calle de Loreto, hoy Pedro Moreno estaba la Capilla de Loreto.

La Plaza de la Universidad permaneció por un tiempo como un simple solar a donde el Gral. Cruz, cuando fue gobernador mandó el baratillo que estaba en los portales. Allí se hizo el día 6 de Enero de 1865, la primera ascensión en globo en Guadalajara. El periódico El Imperio, de la época de la intervención francesa, dice que Tranquilino Alemán subió en globo 600 pies y que permaneció en el aire por 15 minutos mientras hacía gimnasia en un trapecio. Dedicó su actuación al Comandante Militar Barón Maigré, el cual le dio de recompensa dos pesos.

Cuando existía el Convento de las Carmelitas, que cerraba la hoy calle de Juárez en el jardín del Carmen y que la calle también se llamaba del Carmen, se celebraba con gran pompa la festividad de la Virgen del Carmen, con una procesión encabezada por las autoridades de la ciudad y desde el día 7 de Julio, principiaban las fiestas con una verbena que se instalaba desde el convento hasta la Calzada Independencia, entonces Río de San Juan de Dios.

En la Plaza de la Universidad se instalaban las cenadurías, la más famosa de todas era la de Serapia, que en su menú había; adobo, mole, mancha-manteles, espinazo con verdolagas, chiles en nogada, cohete mechado, manitas de puerco en vinagre y pollo frito; quizá el precursor del de Valentina.

A esa cenaduría iban todas las noches de la verbena, don Domingo Reyes, Don José Garibía y Don Juan José Amat; una ocasión se encontraron allí Don José Ignacio Cañedo que era jefe político de la ciudad y estando ya de sobremesa se dieron cuenta de que un borrachales que había cenado a satisfacción se negaba a pagar su cuenta, tomaron la defensa de Serapia conquistando una serie de recuerdos de familia de parte del borracho, no pudiendo tolerarlo Don José Amat le tiró un derechazo a plena cara en el mismo momento en que Don Ignacio Cañedo le daba un bastonazo en las costillas. Llegando la policía terminó el incidente.

Entonces el Sr. Cañedo sacando una moneda de 5 pesos la entregó al Sr. Amat diciéndole: usted Don Juan José, mañana temprano pagará en la jefatura estos cinco pesos que le impongo de multa por el bofetón que le dio a ese mentecato.

Allí se instalaban los puestos de Todos Santos con juguetes de cartón, madera y barro, que cuando arreglaron la plazuela los situaron en la calle de Galeana desde Madero hasta Morelos prolongándose por Pedro Moreno hasta Colón, entonces era famosa la mesita con cohetes de un matrimonio Varela, se instalaba en la esquina de Galena y López Cotilla, vendían buscapiés, chinitas, garbanzos tronadores, volcanes y hasta castillos de 1 y medio a 2 metros de altura; y de ante, un comal de barro de más de un metro de diámetro con el dulce cortado en cuadritos y cada uno con una banderita de papel, este puesto se ponía por Pedro Moreno a media cuadra. Cuando el tránsito se complicó, los puestos de Todos Santos se instalaron en el jardín de San José y la calle de San Felipe, por cierto que por esa calle y frente al jardín, vivía el Dr. Cambre y él como protesta, no quitaba su automóvil de frente a su casa todo el tiempo que duraban los puestos; desde noviembre hasta enero, Cambre andaba a pie; ya que de allí fueron a dar al Parque Morelos; donde ahora se ubican pero ya con porquerías de plástico.

También en la Plazuela de la Universidad encontraban acomodo las compañías de títeres como la Rosete Aranda y hasta los circos, allí llegó a estar el Orrin con su famosísimo payaso M. Bell.

Ricardo Bell, trabajaba en el Circo Orrin, después tuvo su

propio circo que se instalaba en la Plazuela de San Fernando, donde ahora está el periódico El Occidental.

Siempre se consideró el mejor payaso de su época, su pantomima "La Acuática", hacía que se agotaran las localidades, se ponía en la pista una tina de hule que se llenaba de agua que hacía una cascada con luces de diversos colores, ponían un puente; se celebraba un matrimonio que cuando iba camino a la iglesia, tenía que pasar el puente y toda la comitiva caía al agua. Ricardo Bell cuando venía a Guadalajara, por las mañanas se paseaba por los portales y cafés de entonces; era un individuo alto, ceremonioso, impecable en el vestir y en sus modales, usaba bastón y grandes bigotes, muy serio y atento, pero por las tardes en la función era el gran payaso.

Tenía varios hijos, Ricardo, Jorge, Guillermo, Nelly, ésta última nació en Guadalajara, todos eran artistas en el Circo.

Ricardo Bell "el payaso con alma" nació en Irlanda el 10 de enero de 1858, vino a México contratado por los hermanos Orrin en 1890. Se presentaba con la cara pintada de blanco, una enorme boca roja, lagrimones negros y un copete como de 15 centímetros de alto, sombrero cónico ladeado y vestido de una pieza de colores chillantes atado a brazos y piernas, medias con rayas horizontales y grandes zapatones. Era recibido con una ovación cerrada y al llegar al centro de la pista, se hacía un silencio profundo para oír sus diálogos con algún otro personaje y en los que "repartía a manos llenas los tejos de oro de su ingenio".

El día en que se iniciaba la actuación del Circo Orrin, después Bell, se hacía un convite que recorría las calles principales. Lo abría un carro tirado por mulas con los músicos uniformados y después en calandrias los artistas el desfile, las jaulas con los leones y tigres. A las cuatro que se iniciaba la función, frente a la carpa se inflaba un globo enorme, que subía llevando un trapecio donde hacía contorsiones el artista Cosme Acosta.

Ricardo Bell quiso venir a radicar en Guadalajara, compró la casa del Sr. Nick de Vallarta y Lafayette, pero murió en Nueva York antes de realizar su deseo. Su familia se vino a vivir a esa casa. Su hijo Ricardo fue el padre de Amelia y Rosita, maestras de baile.

En la Plaza de la Universidad también se hacían ceremonias militares como una vez que vino Don Porfirio Díaz el 13 de diciembre de 1908 y que además de un baile que le dieron en el edificio de la Universidad, en la plaza pasó revista a un batallón de rurales.

Los rurales eran un cuerpo escogido, siempre muy bien vestidos y montados, su jefe era el Gral. Francisco Ramírez, un tapatío compadre de Don Porfirio, y que en esa ocasión aprovechando su estancia y para quedar bien con Don Francisco se activó y concluyó un asunto judicial que le competía. Cuando Don Porfirio y el Gral. Ramírez pasaban revista a los rurales, le llevaron al general un mensaje, que lo hacían con el rifle al hombro y el mensaje en la bayoneta, cuando el general lo vió se sonrió. Al terminar la ceremonia el general Díaz le dijo: ¿ por qué te reíste ? pues verás, cuando nací, mi madre no me pudo criar y el doctor ordenó que me dieran leche de cabra, me buscaron la más bonita, la más sana y la más lechera y un amigo se la prestó a mi papá. Después de algún tiempo ellos tuvieron dificultades y el asunto llegó al juzgado y hoy que cumpla 60 años me llegó la resolución del juez: “ que conserve la chiva hasta que me acabe de criar “.

La Plaza de la Universidad en un tiempo fue un jardín arbolado y se llamó: Plaza de la Compañía ya que el templo que como dijimos ocupaba lo que ahora es el Telégrafo, se puso de moda y allí iba la alta sociedad los domingos a misa de 10.

Por ese tiempo hubo en Guadalajara un borrachales de buena familia apellidado Galván, le decían el Mantequilla, era muy claridoso y tenía la manía de hablar en verso cuando le decían: adiós Galván contestaba: adiós hijo... de Adán. A un abogado que pretendía a una rica una vez le dijo de acera a acera, “ oye abogado, tu quieres a Concepción por tu fiebre del tostón”. Era corredor de alhajas y a pesar de sus borracheras nunca perdió una, apenas se le pasaban las copas las dejaba a Don Pepe Rolleri que las guardana en la caja fuerte de “La Fama Italiana”. En una de las “ remodelaciones “ que ha padecido la ciudad hicieron frente a la puerta del templo La Compañía un cerrito sembrado de nopales y magueyes y arriba un venado. Un domingo al salir de misa de 10 Mantequilla se montó en el venado y cuando los gendarmes lo quisieron bajar les dijo: “ no me bajo, yo soy el Carlos IV de Jalisco

“. Cuando murió su esposa, una señora Castillo, iba el Mantequilla a llevarles todos los días una flor a su tumba.

Al otro lado del Templo de la Compañía y en la esquina estaba la Capilla de Loreto.

Frente a la Capilla de Loreto por la calle de ese nombre, hoy Pedro Moreno, estaba uno de los más prestigiados peluqueros y sangradores: Pancho Elizalde. A un lado de la puerta, sobre la pared tenía pintada una mano con el índice apuntado al lebrillo donde estaban las sanguijuelas y un letrero- “Se aplican” -Sus honorarios los cobraba en pasteles y chocolates de la pastelería de La Luna que le mandaba el Tuerto Rafael, empleado del establecimiento que le conocía sus gustos y mandaba la cuenta.

La Pastelería de La Luna que tan famosa fue, estaba por la misma calle al otro lado de la peluquería, era propiedad de unas señoras apellidadas Chacón, que sostenían a un hermano que estudiaba Medicina en México. Cuando se recibió y vino a Guadalajara, le hicieron sus amigos una gran comida de recepción en el restaurante del Hotel Independencia, que estaba en la esquina de las calles Pedro Moreno y Colón (ahora Almacenes Franco) y que además era la terminal de las diligencias de México, en esa comida a un mesero que probablemente caminaba en cierta forma especial, el Dr. Chacón muy comedido le preguntó:

-¿Tiene hemorroides?

-A lo que el mesero contestó:

-Voy a ver si hay - y se dirigió a la cocina.

El Hotel Independencia antes era el mesón del Buen Viaje y fue el primero que cambió de mesón a hotel, el edificio se conservó hasta bien entrado el siglo actual, en sus últimos tiempos en el pasillo de ingreso estuvo una nevería “México Sobre Todo” de un Sr. Soza que tuvo su fama por los “cubritos”, una nieve cubierta con mermelada.

Frente al lado sur de la plaza, por la calle del Carmen, hoy Juárez estaban unos aparadores de la Ferretería, “La Palma” de

Paulsan y Cía. Esta era una magnífica ferretería, tal vez la mejor que ha existido en esta ciudad, el frente estaba por la Av. Colón y llegaba hasta más allá de lo que ahora es el Cine Colón, y ocupaba todo el centro de la manzana llegando hasta la calle de Galeana donde había varias puertas que estaban cerradas con rejas, además la de servicio, por esas puertas enrejadas se veían las campanas que en buen número tenían para su venta. Por el frente tenía dos puertas anchas, una por la esquina de Juárez y la otra cerca de López Cotilla y de una a la otra corría un pasillo amplio con mostradores por ambos lados, en forma de secciones estaban los diversos productos, cordeles, clavos, herramienta, juguetes etc.. Allí había artículos de muy buena calidad, muchos de ellos alemanes que era la nacionalidad de la firma. Es de notar que ocupaba una extensión mayor tal vez más del doble, que toda la que hoy ocupa el Cine Colón.

Por la Av. Colón tenía 6 a 8 grandes aparadores y 3 ó 4 por Juárez llenos de muy atractiva mercancía, se perdía muy a gusto el tiempo de admirarlos, pero sobre todo por Navidad por la exposición de juguetes, como hemos dicho sobre todo alemanes, en ese tiempo haciendo una perforación entre uno y otro aparador de Av. Colón, instalaban un tren eléctrico que los recorría todos, allí estábamos muchas noches admirándolo. Por frente a la Plazuela de la Universidad en los aparadores estaban implementos agrícolas.

-0-

En la actual Plaza del Dos de Copas, también llamada de la Liberación, hasta la década de los cincuentas, estuvo ocupada por dos manzanas separadas por la calle de Pino Suárez.

La manzana frente al Arzobispado, a espaldas de Catedral, donde la calle se llama 6 de Diciembre, y no Liceo como la conocemos (pero así pasa en Guadalajara, la calle de Tolsa se llama Enrique Díaz de León y la del Bosque: Guadalupe Zuno) estuvo ocupada: frente a Palacio de Gobierno por el Palacio Municipal y antes por la casa de los Balbuena, entre ellos el poeta Bernardo de Balbuena, autor de la Grandeza Mexicana; al pasarse las autoridades municipales a su edificio actual, fue ocupado por las escuelas de Química, de Farmacia y de Odontología, hasta que fue demolido ese edificio, reliquia del siglo XVII, y en su lugar

construido el Edificio Mercantil, uno de esos de paredes lisas y agujeros que dizque son ventanas, y que desgraciadamente abundan en la ciudad; ocupaba media manzana, tenía unos portales chaparros y planos con pilares cuadrados y las esquinas redondas, todo el edificio sin la menor gracia, no digamos belleza, lo ocupaban unos billares, una serie de tiendas de segunda y por la calle de Pino Suárez, una cantina famosa "El Túnel". Se entraba es cierto, por un túnel y al final de él estaba el salón, allí después del beisbol se discutían los hits y los ponches, del futbol los goles y penales, pero lo mejor era después de los toros: asoleados y colorados frente a un tarro de cerveza se discutían las faenas de Armillita, Lorenzo Garza, Balderas, El Soldado y Procuna, los toreros de esa época. Los dos pisos interiores del edificio eran despachos profesionales que nunca estuvieron llenos.

Después del Edificio Mercantil, en la calle de espaldas a Catedral, esquina con Hidalgo, estaba la Casa de Cañedo, así llamada por ser el apellido de sus propietarios, fue construida a mediados del siglo pasado por Don Calixto Cañedo, propietario de varias haciendas donde cultivaban principalmente maíz y contaban que cuando venía su cosecha, se formaba por la calle de Palacio una interminable hilera de carretas esperando descargar el maíz en las trojes que tenía en los bajos de su misma casa y que después iba vendiendo sólo a los pobres, al menudeo y a previos muy bajos, que mientras él vivió nunca pudieron especular con el maíz.

La casa ocupaba casi media manzana, era de cantera oscura, de estilo toscano; el piso bajo con locales que se abrían a la calle que eran las trojes; cuando la conocimos estaba ocupada por comercios, en la contra esquina del jardín de La Soledad, hoy de La Rotonda, estaba una famosa cantina "Mi Despacho" con una olla de barro y un maguey anunciando "mezcal de ollas indio", después por la calle de Hidalgo, una serie de pequeños comercios entre ellos destacaba una mueblería donde había una buena cantidad de muebles victorianos que habían sido de los catrines de la ciudad pero que entonces la moda fue cambiarlos por los "pulmanes", y el propietario de esa mueblería los renovaba para venderlos. Una vez, que probablemente por no pagar la renta lo lanzaron, sacaron los muebles a la calle, cayó una tormenta y las hermosísimas corrientes que entonces se hacían y dejaban las

calles albeantes de limpias, arrastraron los muebles y por allá por la Calzada Independencia, andaban flotando los elegantes muebles victorianos.

El piso superior con balconería y barandales de hierro forjado.

La entrada principal de La Casa de Cañedo, estaba frente a la del Arzobispado, era ancha, con portón de madera y chapetones de hierro forjado, daba a un pasillo que desembocaba al patio con piso de cantera, rodeado por cuatro corredores con pilares gruesos y arcos de medio punto, que sostenía a otros iguales del piso superior. Las paredes de los corredores, estaban decorados con murales simulando cortinajes y puertas, obra de un pintor italiano apellidado Fontana, que vino a Guadalajara haciendo decoraciones para la tramoya de una compañía de ópera, y que se quedó a vivir aquí dedicándose a la pintura en especial de adornos de casas y los llamados "engaños" o sea puertas, pilares, ventanas en los muros que simulaban la realidad; y notables fueron los que hacía en un extremo de un corredor con la perspectiva de un corredor con la perspectiva del mismo, como un espejo, de un realismo que se estrellaba uno contra el muro al pretender seguir caminando. De estas pinturas de "engaño" recuerdo una que existía en la casa que estaba en la esquina que ve al oriente y al sur de las calles de Morelos y Zaragoza y que fue del Dr. Chavarrín; padre del artista, cantante y fraile José Mojica. En el segundo piso al terminar el corredor, se desprendía la escalera y en el muro de enfrente, Fontana había hecho una reproducción perfecta del mismo corredor, era muy desagradable el susto que se sacaba uno al encontrar sin esperarlo los escalones, y me contaron que más de alguno rodó por ellos al pretender seguir de frente.

Pero ya nos salimos de La Casa de Cañedo, vamos regresando. Frente a la puerta de entrada, en el corredor del fondo estaba la escalera del piso superior, amplia, de cantera; debajo de ella tenía su negocio de antigüedades el Sr. Zaragoza que después lo tuvo hasta su muerte, en la calle de Morelos y Coronilla, en La Casa de Corona.

En los altos había una serie de cuartos amplios, de techos altos decorados con pinturas y estucos, allí vivieron un grupo de artistas, músicos, escritores, poetas, en una palabra bohemios que casi

estoy seguro no pagaban la renta, ya que el último propietario de esa magnífica y hermosa casa, Alfonso Cañedo, acabó vendiendo calcetines.

De ese grupo de bohemios yo conocí a Ricardo Gárate, el que había sido componente de La Estudiantina Jalisciense, tío abuelo mío; era ingeniero, escritor, poeta y tocaba piano y guitarra, antes de tocar la guitarra le metía la cabeza en un balde de agua para que se hincharan las clavijas ya que eran de madera. Trabajaba en su profesión en aspectos agronómicos porque le gustaba mucho el campo; sus planos los hacía a la acuarela, a colores, al campo de verde, el agua de azul, etc., y los decoraba con jacalitos, vacas, caballos, señoras moliendo, yuntas de bueyes con su yuntero, etc., eran aceptados en los catastros pues estaban correctos y ya lo conocían, sabían que era un artista y no le gustaba lo feo.

Su cama era un bastidor de madera de los llamados tapeixtles, con el colchón encima, colgado de cuatro cuerdas que se reunían a una y de la pared en una argolla atada una soga de donde tiraba para mecerse; en una de las cuerdas un foco para leer y arriba de la cama un tejado que decía era porque le gustaba y que si había alguna gotera, no lo mojara.

Por encargo del General Lázaro Cárdenas, hizo un plano del Estado de Michoacán, y cuando fue a México a entregárselo lo atropello un travía, que le causó la muerte. Al regresar de cumplir su misión.

La sala de la casa había conservado la suntuosidad de épocas anteriores, con muebles lujosos, un gran candil que ahora se encuentra en el cine Metropolitán de la ciudad de México, y un magnífico piano de cola. Allí se hacían reuniones de músicos, poetas y escritores bajo el patrocinio de Alfonso Cañedo, que los recibía en traje de etiqueta y con él puesto, estaba en el corredor con un soplador atizando el carbón con que calentaba la canela, que con alcohol, era la bebida de esos artistas.

Alfonso en sus últimas épocas como hemos dicho se dedicaba a la venta de calcetines, vestido de dril, con unas botas mineras y en bicicleta iba a las tiendas a proponer su mercancía, los domingos perfectamente vestido y arreglado, era el aristócrata de siempre.

Alfonso Cañedo, aunque por abolengo pertenecía a la “Alta Sociedad”, era en la clase media donde se acomodaba mejor, bromista por naturaleza, una vez invitó a sus amigos y amigas a un día de campo al parque Romero Rubio (hoy San Rafael), que entonces era una colección de arbustos recién sembrados, y en el centro un jacalón con techo de lámina que con el sol del mediodía era un horno, y donde se refugiaban en los días de campo, tan en boga en esa época y tan de moda en ese parque. Fueron llegando los invitados de Alfonso, todos y todas gentes de “Pomada” y se refugiaron en el jacalón, el tiempo pasó y los invitados empezaron a sentir hambre y sed, y algunos para distraerse se dedicaron a caminar entre los arbustos; y cerca de una barda, en la sombra, encontraron a Alfonso protegiéndose del sol y leyendo “Los Jardines de Epicuro”.

-Alfonso por Dios- le dijeron las muchachas que lo encontraron.

-Tú a gusto, y nosotros muriéndonos de hambre y sed ¿éste es el día de campo a que nos invitaste?

...Bueno, -respondió Alfonso con la calma que le era habitual- ¿Acaso no están en el campo y pasando el día? yo no tengo la culpa de que ho hayan traído que comer, debían haber hecho lo que yo, que miren: me traje una torta y una limonada.

El día de campo se deshizo como por encanto, todos tomaron el tranvía para regresarse, el único que se quedó fue Alfonso, comiéndose su torta y leyendo su libro.

Formó una sociedad: “El Club de Las Esperanzas Perdidas”, que se autonombraban “Los Inmortales”, se reunían en cualquier banca del jardín, en cualquier esquina o en la orilla de la banqueta y ahí hacían sus sesiones con el único objeto de la sociedad, que era matar el tiempo, él tenía el cargo de “Pastor”, y esa sociedad era anónima, sin estatutos, sin domicilio social y los socios no tenían ni derechos ni deberes, aunque sí voz y voto, pero ninguno podía tener voz y voto al mismo tiempo. Entre los miembros de esa sociedad estaban: Don Heliodoro Aguinaga, Don Pablo Bravo, Dr. Don Efraín Díaz Rivera, Dr. Don Juan Espinoza, Don Jorge García Sancho, Don Benjamín González, el Lic. Don Pedro

Gómez Ruesga y Don Francisco Tolentino. El último de los "inmortales" murió en 1943, era Fernando Rodríguez, que por cierto fue quien me refirió estas anécdotas.

-0-

Otro grupo similar, en su constitución, al Club de las Esperanzas Peridas, fue el Club del Ovoide.

Al acabarse el Centro Bohemio algunos de sus componentes se refugiaron en el Museo del Estado, que recientemente había establecido Ixca Farías, en 1918, en parte con su propio dinero y con la ayuda del Gobernador Castellanos Tapia y del Presidente Municipal Don José Rivera Rosas. El grupo fue creciendo y llegaron a formar sin proponérselo la única y verdadera Sociedad de Amigos del Museo que ha habido, ya que donaban obras, acomodaban, limpiaban y cuidaban todas las piezas allí exhibidas y llegaron hasta instalar personalmente la fuente que aun existe en el patio principal, y que antes había sido de Escobedo y después el ombligo de Ahumada y recubriéndola con ladrillos de cerámica de Sayula; por cierto faltó una pieza de la fuente quedando las uniones anguladas.

Los concurrentes se reunían a la derecha de la entrada en el ángulo que forman los corredores, en una banca larga de madera y unos equipales grandes, ya muy bien amoldados que allí había. Era un grupo de gente de indudable gran valer artístico e intelectual; a partir de las 10 de la mañana iban llegando más o menos en este orden: Jorge Villaseñor, José Cornejo Franco, Manuel Martínez Valadez, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, Agustín Yáñez, Enrique Martínez Ulloa, Joaquín Vidrio, Amado de la Cueva, León Muñiz, Pablo Valdez, Antonio Servín Francisco Sánchez Flores, Rosendo Ibarra, Rubén Mora Galvez, Nacho Gómez Gallardo y eventualmente Don Otón de Aguinaga, Jesús Guerrero Galván, Carlos Orozco Romero, José Parres Arias, Enrique García Ruiz, Raúl Anguiano, Alfonso Mario Medina, Luis Godínez Fonseca y otros. Cuando venían de México no faltaban todos los días: Clemente Orozco, Jorge Enciso, Alfaro Siqueiros, Guadalupe Zuno, Genaro Estrada y También otros.

El Pastor del club del Ovoide era Ixca Farías, que a todo mundo tuteaba, y le llamaba "hermano" con excepción del Profesor

Cornejo Franco y de la periodista Loreto cuyas estaturas, al no pasar del metro cincuenta, los llamaba medios hermanos.

Y para hablar de Ixca, entresacamos algunos fragmentos de las extraordinarias pláticas del maestro Don José Cornejo Franco y que nos dice: "IXCA, estas cuatro letras, solas y escuetas, indican ya una institución auténtica: alto, grueso, calvo, blanco, de buen color, parsimonioso y bromural, de lentos movimientos y habla un tanto apagada, risueño y socarrón, pronto para la guasa, con generosidad ilimitada, pintor y excelente acuarelista, su inclinación por lo plástico no lo apartó de sus aficiones musicales: hasta su muerte conservaría el violín que lo acompañó por tantos años y rumbos, y que en ocasiones lo sacó de apuros.

"Siempre bonachón y amable, sonriente; nunca fue suyo el gesto adusto; listo para la burletilla o la sátira picaresca, sin conceder mayor importancia a las cosas del diario acontecer. Lo bautizaron Juan: mas, cuando le pegó su gana, rectificó su acta en el Registro Civil poniéndose IXCA (alfarero, que también fue este su oficio) saludando a todos los Juanes que encontraba: Adiós, ex-tocayo.

"Entre bromas y veras hacía gala de su muy personal filosofía: el "para qué te apuras" y el "no te enojas" estaban a flor de labio. A alguien no le cabía en la sesera que IXCA nunca se descompusiera, y ante la insistencia y la reiteración del impertinente, le respondió "Sí, ya me enojé", añadiendo luego con su habitual tono zumbón: "Ya me desenojé". En las tertulias diarias del Museo, ocasionalmente se agrió la discusión entre dos contertulios; caldeado y violento el ánimo de uno de ellos, IXCA pidió: "Pégame para que desquites tu coraje", y se terminó la querrela.

"Pero IXCA no fue solamente el celoso guardián del Museo: ante los apellidamos bromural; ahora lo calificamos como aglutinante para cuantos él agrupó y estimuló. Convirtió el sitio en lugar de reunión desde la generación del Centro Bohemio, con Zuno a la cabeza.

"Los escritores también se cobijaron bajo las arcadas de los corredores. No faltaron concurrentes de fuera al cotidiano Club Ovoides. Genaro Estrada decía que el objetivo de su venidas a

Guadalajara consistía en el agua de arrayán de la güera del portal, ir a la librería de viejo de Fortino Jaime y sentarse en los equipales del Museo. Y a propósito, recordamos que un actor, del Teatro Francés que estuvo en Guadalajara, también se avino a la tertulia del Museo, recibéndolo IXCA con la frase sacramental: “Equipalé vous, monsieur”. Feliz, en la compañía de todos, IXCA se sentía como gallina con pollos.

Salvador Novo, en su Jalisco Michoacán de 1933, dice: “una visita a Guadalajara no es completa si no se ocupa, en mansa tertulia, los equipales de IXCA en el corredor del Museo durante toda una insensible mañana”.

“Con buen humor, trató de conocer lo que sinceramente opinaban de sus acuarelas, y ni tardo ni perezoso montó una tanda de ellas en una sala del Museo. Todas aparecieron firmadas por Tranquilino Calvillo, seudónimo alusivo al bromuro y la calvicie de su propia persona, y que todos tragarón, ante la insinuación maliciosa de IXCA: “Vino aquí un pobre viejo que la da de pintor y es muy malo el pobrecito. Por lástima lo admití y ojalá que venda algo, que bien lo necesita”. Casi todos caían en la trampa menudeando las lindezas que le adjudicaron. Tonto era lo más suave, imbécil ya era subido de tono, y de aquí para arriba menudeaban los dictionarios, con el mayor regocijo de Don Tranquilino Calvillo.

“Un mes antes de su fallecimiento, a 15 de noviembre de 1947, envió al Director del El Informador el siguiente encargo, quedando pendientes de llenar los datos correspondientes:

Sr. Jesús Alvarez del Castillo.

Querido hermano:

Quiero que me hagas favor de publicar después de mi muerte lo siguiente:

Ixca Farías, participa con gusto, que ayer..... a las.... y a la edad de 75 años, cambió de residencia del Museo de Guadalajara al Panteón Municipal 2/a. clase, fosa No. 629 Interior 5 en donde me tienen como siempre a sus órdenes, para arreglos en el más allá.

Tu hermano.

Ixca Farfás

“Con el recado fue una autocaricatura y todo apareció en el periódico como fueron sus deseos, y así se nos fue. Lo mudamos como él lo impuso: en una caja de empaque, cuadrada, ya que no quiso estar sofocado, antes cómodo y con amplitud; caja que no conoció acepilladura, como la ordenó, poco antes de su muerte. Así se fue sin dar más importancia al suceso, visto con la naturalidad de quien sabe que el hombre nace, vive y se muere.”

-0-

Pero volvamos al Dos de Copas, la otra manzana, ya que como dijimos, La Plaza del Dos de Copas estaba ocupada por dos, divididas por la calle de Pino Suárez, por ésta no había nada notable, por Hidalgo una serie de negocios de cajones de muerto bien sea pintadas con humo de ocote o con piedritas de hormiguero negras o grises, salpicadas con plateadas o doradas que irisaban con la luz, a los lados de las puertas colgaban cajitas pequeñas para recién nacidos y frente a la puerta uno grande para adulto, no era agradable su anuncio.

Frente al Teatro Degollado estaban las jarcierfas que colgaban en las hojas de las puertas unos mazos de lazos de ixtle que los deshacían para estropajos, y sobre el mostrador rollos de cuerdas, soguillas, y bolsas de mecate; el propietario la pasaba sentado en un equipal a la puerta de su negocio. El principal de ellos era el de Vicente Villalobos; Don Vicentito, un individuo chaparrito, gordo; siempre con un puro en la boca, y muy gentil.

En la esquina de San Agustín, el expendio de la fábrica de mezcilla Orilla de Oro; la mejor calidad, de Dávalos Hermanos y que un tiempo también vendieron el vino producto de unos viñedos que tuvieron por el Parque de San Rafael, el vino salió muy malo pero el vinagre muy bueno. Por la calle de Morelos estaba la papelería de Romero Hermanos, donde vendían el papel de estraza, el de china, el ministro o el lustrina, claro que además de pegol, tinta, cuadernos y lápices.

Quizás lo principal de los portales eramos las gentes que por ahí andábamos dos veces por día, de una a dos de la tarde y de siete a ocho de la noche.

Hubo algunos que hicieron historia; Paco Maldonado, que se decía dentista, era un tipo alto, espigado, siempre muy elegante, a veces exageradamente limpio y planchado, esto, según decían, sucedían cuando lo agarraban sus hermanas, ya que era un alcohólico empedernido y algo loco; otras veces todo arrugado y con la corbata ladeada, lo que no era obstáculo para que saludara a todo el que se encontraba, con una exquisitez y corrección británica; inclinando un poco la cabeza al tiempo que se quitaba delicadamente el sombrero.

La “Reina” era una mujer como de sesenta o setenta años, bajita, siempre muy maquillada y elegantísima con las herencias que desechaban las ricas, eternamente de sombrero, guantes y sombrilla, gozaba relatándonos verdaderas mentiras, de los bailes de la corte porfiriana. En un teléfono imaginario sostenía conferencias con las reinas de Inglaterra y España. Me han dicho que “la Reina” vivía una o dos cuabras a espaldas del templo de San Juan de Dios, que lavaba ropa ajena para cubrir sus necesidades y que tenía una verdadera galería de retratos de reyes y gobernantes, que algunos bromistas le habían dedicado con pasión y que ella veneraba haciéndoles altarcitos y poniéndoles veladoras; eran fotos de tamaño postal que vendían en el edificio Mercantil y el Portal Quemado.

Mercedes Vidrio Balcázar, de figura similar a la reina aunque un poco más desarropada y alcohólica. Siempre se presentaba diciendo: soy Mercedes Vidrio Balcázar, de los Vidrio del barrio de Mexicaltzingo. Era poetiza y a mí me compuso un poema que decía:

Ignacio que gravitas

en el espacio,

Eres todo un señor,

Porque te apellidas Villaseñor.

El General Hilachas; antiguo revolucionario que conservó el uniforme de soldado, raído y mugroso, la ropa que le obsequiaban se la ponía toda al mismo tiempo, llegando a usar cinco o seis sacos, uno encima de otro, además del gabán y la gorra de soldado. Alguien le escribió en ella: General del Batallón cuarenta y uno.

El Señor de los perros, porque traía uno o dos en las bolsas del saco, cuatro o cinco en brazos y manos y otros tantos atados con correas; todos cachorros en venta.

Polidor, que se llamaba José Francisco López, era un individuo bajito y delgado que su trabajo consistía en anuncios hablados. En las tiendas que había baratas o realizaciones estaba en la puerta del negocio muy elegante y armado de una gran bocina gritando las gangas que se ofrecían; otras veces andaba andrajoso, eso quería decir que no tenía trabajo por el momento y otras vestido de niño, de pantalón corto con piernas peludas y cascorbo, por algún barrio anunciando que algún niño se había extraviado. Cuando vinieron los aparatos de sonido Polidor se derrumbó entonces espontáneamente, hacía propaganda a la puerta de alguna negociación en busca de su propina. Al final caminaba por los portales con la ropa raída, sucio y con la bocina llena de abolladuras aceptando alguna ayuda del transeúnte.

Polidor inició su carrera de publicista cuando vino a esta ciudad la compañía de teatro de Don Jacinto Benavente, entonces lo contrató a pesar de no saber leer ni escribir pero sí con memoria privilegiada, y vestido de frac, chistera y bastón, recitaba en las esquinas partes de la obra "Los Intereses Creados" como propaganda seguramente le gustó el oficio y haciéndose de su inseparable bocina continuó con ella hasta su muerte.

Un hijo de él nos ha informado que nació en Los Reyes, Sinaloa, anduvo con las fuerzas de Heraclio Bernal, casado con Isaura Graciano con la que tuvo cinco hijos; murió en 1956 en la Cruz Roja de Colima, de más de 90 años, encontrándole en el forro de su saco 80 mil pesos.

Don José Vizcarra, pintor y maestro de pintura, alto, fornido siempre vestido de negro, se la pasaba en el portal tal vez inspirándose con las muchachas para sus obras pictóricas.

El padre Goyo, sacerdote del templo de S. Antonio, más bien bajo, vestido de negro y con bastón que le servía para recargarse durante su estancia en el portal, también para darles golpecitos a las muchachas en las piernas, les echaba flores y les hacía con la boca el llamado a las gallinas. A sus amigos les había ordenado que en el portal lo llamaran: licenciado, ingeniero, o como les diera la gana no padre.

Con mucha frecuencia iba al Teatro Obrero, una carpa de tandas en la Calzada Independencia, se sentaba en primera fila floreando a las artistas. Cuando lo supo el Arzobispo Garibi, que por cierto había sido su compañero de estudios, lo mandó llamar y le dijo: "oye Goyo me han dicho que un sacerdote va a una carpa por la Calzada Independencia, ¿Qué me dices? -"Que son puras mentiras José, yo voy casi diario y nunca lo he visto."

Manuelito, pariente cercano mío, muy blanco, con un bigotito recortado, siempre vestido de negro con corbata de moño, sombrero tipo inglés, zapatos de charol que encandilaban, bastón de caña con puño de marfil y un anillo de brillantes, todo un fifí, la pasaba en el portal siempre que no hubiera funciones de teatro en el Degollado, por que entonces la pasaba en la puerta esperando a las artistas.

Su padre una extraordinaria persona por su honestidad, educación y trato, de los que ya no existen, decía: "Manuelito tiene las manos vírgenes, vírgenes". Cada vez que nacía uno de sus hijos su papá le daba 10,000 pesos, con lo que la pasaba mientras llegaba otra ya que tuvo cinco. Al morir su padre, con la herencia vivió otro tiempo mientras sus hijos empezaban a trabajar.

Hace poco tiempo, ya viejo y acabado, uno de sus sobrinos le preguntó: "Oye tío ¿es cierto que tú aborreces el trabajo? -A lo que contesto: "Es falso; no puedo aborrecer algo que no conozco".

Valentín Medina, alto, delgado, siempre vestido de azul marino llegaba todos los días como a las seis de la tarde, compraba un sorbete surtido (ahora barquillo) de nieve, con los Nicolases que les ponían dos copetes sobre el molde que dejaba el cucharón, y dando vueltas al portal iba dando unas lamidas a toda lengua, a los lados de la nieve con lo que hacía una gran pirámide, lo

observábamos a ver si se le caía ya que a cada lengüetazo se inclinaba la punta de la pirámide al lado contrario, pero era muy hábil en este menester. El barquillo que valía 5 centavos lo pagaba con un billete de 50 pesos, (en esa época había que ir al banco para cambiar uno) por lo que no se lo cobraban, así lo hizo algunas veces, hasta que Don Nicolás en una ocasión, preparó en una bolsa \$49.95 en puros cinco que eran unas monedas de cobre del tamaño de un peso actual, y cuando le cobró el sorbete con esa bolsa le dio el cambio pese a las protestas, Nicolás le decía: “Cuéntalos Don Valentín, está correcto”. Ese día no pudo Don Valentín dar vuelta en el portal, se tuvo que ir porque pesaba mucho la bolsa de los cincos.

Entre la gente que acudían a pasear por los portales había verdaderas personalidades; recuerdo a los ilustres doctores: Juan Salazar, Carlos Santa Cruz y Miguel Baeza.

Iban también cantidad de hermosas muchachas, muy elegantes presumiendo lo más novedoso de la moda, y cuyos nombres mejor me los reservo por aquello de la edad que hoy deben tener; baste decir que en aquel entonces ellas y yo andábamos entre los quince y veinte años de edad.

Se preguntarán que donde andaba yo en esos tiempos; les diré que a la salida de la escuela, alrededor de la una de la tarde, daba vueltas en el portal hasta las dos y que a las siete de la noche ya me encontraba de regreso frente a la tienda París-Nueva York o en el pilar de los espejos, que ya mencioné frente a la zapatería las BBB.

Portales de Guadalajara, Historia, Tradición y Leyenda.

Portal de Santa María de Gracia. Portal de Dominicos, Portal de Catedral, Portal de Chana Corona, Portal de las Flores. Portal de Agustinos, Portal de los Dulces, Portal de Pepa.

En un tiempo los identificamos por el del “Nuevo París” y el de la “Ciudad de México”.

Portal del Mayorazgo, Portal de la Fruta, Portal de Ursula, Portal Quemado. Ojalá conserven tu nombre.

Que termine el padre Ruiz Medrano:

Guadalajara de las serenatas en la Plaza de Armas, Guadalajara de los Portales en colaciones y títeres, Guadalajara se transforma... pero quedan las esencias.

Esta página dejada en blanco al propósito.

“Los portales de Guadalajara”

De Ignacio Villaseñor Villaseñor

Con un tiraje de 1,000 ejemplares,
obra editada e impresa en los talleres de
Editorial Conexión Gráfica, S.A. de C.V.
Libertad #1471, Col. Americana
44100 Guadalajara, Jalisco, México
Tels 825-6512, 825-5253 826-3192
Fax. 826-3104 e-mail: jlalvarez@infosel.net.mx

Impreso en México

Printed in Mexico